

Revista Gráfica



GRAN ÉXITO de las **PARISIENSES**

ETERNA JUVENTUD



CRÈME LE GUILHOU

con base de Suco de Lechuga

Procura dulzura, frescura y suavidad á la tez.

Recomendada por los Doctores especialistas del Mundo entero.

PREPARADA POR **SCHÄSERER**, Químico y Farm.^o de 1.^a cl., 154, Boul.^e Haussmann, PARIS.

Depósito: **MADRID**, FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2; **LA HABANA**, FARMACIA del D^r Manuel JOHNSON; **MEXICO**, RAOUL BOUTET de la casa R. BOUTET & ISHERWOOD y C., Apartado, 281; **SANTIAGO** (Chile), DROGUERIA FRANCESA Ahumada 443.

Si comenzáis á engordar, no esperéis más. Tomad

L'ANTI OBÈSE NEPPO

Maravilloso producto higiénico empleado en fricciones. No hace adelgazar más que las regiones demasiado grasas. Suprime rápidamente la gordura de los carrillos, de la sotabarba, de la cara, etc.

Droguerías, farmacias y dealer Neppo, 98, rue Mirameznil — PARIS

LA
Timidez

¡ El Hecho es Probado!

ya no existe.

YA ES POSIBLE crear y desarrollar en sí mismo y en sus hijos hasta sus últimos límites;



EL ESPÍRITU — LA INTELIGENCIA — LA MEMORIA

desenvolviendo la **Timidez**, inspirando la **OSADIA** y la **AUDACIA** que determinan **EL ÉXITO**

y esto sin fatiga, sin esfuerzos sin traido, por la sola propiedad psíquica-orgánica de una preparación nueva llamada: **La Confianza**.

Tesis victoriosamente sostenida en la Academia de Medicina y que el Instituto Higiénico de París, con un fin esencialmente humanitario, ha tomado la feliz iniciativa de hacer conocer **GRATUITAMENTE** en todos los países del mundo.

Apropiada para esta oportunidad y escriban en seguida:

Al Señor Director del Servicio de Emancipación
FARMACIA MODERNA, 4, rue d'Aumale, París.

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2
15 Marzo 1914
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, París
Teléfono 757-90
Sucursal, 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

Nº 18
Suscripción
20 francos
por año

MÉXICO Y ESPAÑA



Aunque sencilla, la catedral de Guadalupe, en México, presenta un conjunto armonioso y tiene detalles muy admirados por cuantos pudieron visitarla á su paso por la población, o por aquellos que viven permanentemente en ella.

Ayuntamiento de Madrid



Fuente y termino del acueducto, llamada «El Salto del Agua», que conduce tan necesario elemento desde Chapultepec á las puertas de México.

ESTAMOS presenciando uno de los más dolorosos espectáculos: México se desangra, México se aniquila y el mundo entero se cruza de brazos y mira con cruel indiferencia la terrible lucha que devasta uno de los más hermosos países de la tierra.

Todos los días aparecen en la prensa telegramas dando noticias de encuentros en los cuales el número de muertos y de heridos acusa la ferocidad del combate; unas veces los federales triunfan; otras, los constitucionales obtienen la victoria; pero, en ambos casos, el vencido es México, que pierde por centenares á sus hijos, y la patria mexicana llora por igual á unos y á otros.

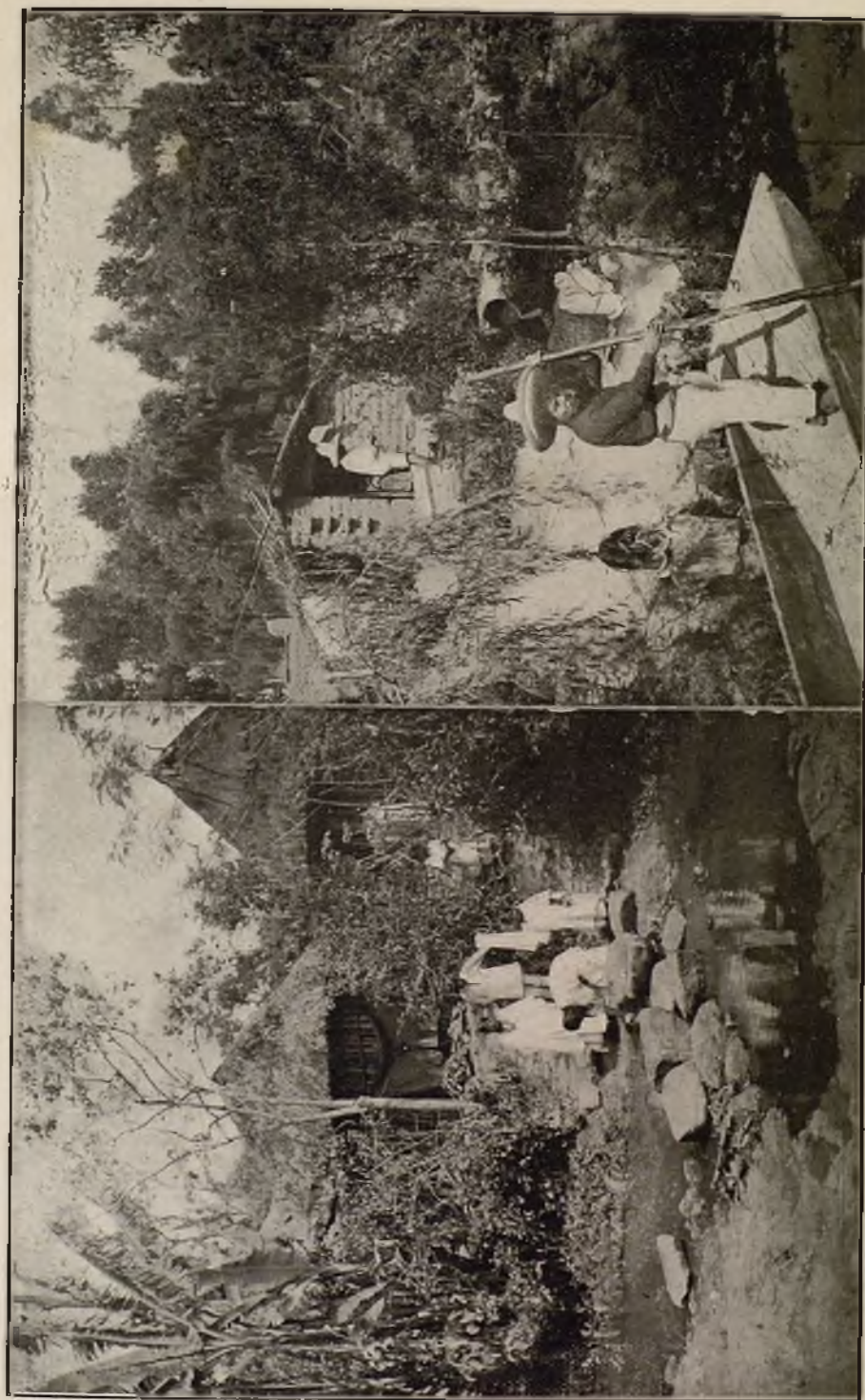
REVISTA GRÁFICA, que hasta aquí se ha abstenido de hablar de esta horrible con-

tienda, no puede seguir guardando silencio.

LO PASADO

No importa lo pasado: ese es un asunto de orden interior que sólo á los mexicanos compete juzgar. Allá con su conciencia quien se crea culpable. Lo que nos interesa es lo presente, la situación tal como es en estos críticos momentos. No es hora de recordar lo que fué, sino de poner remedio á lo que es é impedir sobre todo, lo que puede ser.

Hagamos, pues, caso omiso de los antecedentes de esta situación difícilísima y estudiemos el problema tal y como se encuentra planteado.



Los aztecas fueron en México los predecesores de los españoles. "Actualmente, en su gran mayoría, han sido rechazados al interior de las «tierras calientes». He aquí algunos de estos aztecas en Anal-tan, pueblo habitado por ellos desde larga fecha.

En Santa Ana, el pueblo de los jardines volantes, próximo á México. — Es un verdadero paraíso terrestre, en el que todas las plantas, y toda clase de árboles, fueron reunidos para la alegría de los ojos y regocijo del olfato.



Fotografía de las notables ruinas de Mula, para dar una idea de la pérdida y floreciente civilización del país en los siglos pasados.

QUI PRODEST ?

¿A quién aprovecha la guerra civil de México? Todo el mundo lo sabe. Al país que utilizó la lucha entre españoles y tagalos para apoderarse de las islas Filipinas; al que aprovechó la insurrección cubana para desposeer á España del resto del legado de los Reyes Católicos; al que, sin razón ni motivo, despojó al mismo México de dos estados que eran suyos y que aún llevan nombres españoles; al que arrebató á Colombia un trozo de territorio para explotar en su provecho el canal de Panamá; á la nación, en fin, que ha interpretado la doctrina de Monroe en

esta forma: América para los norteamericanos.

Lo increíble, lo que apenas se puede concebir, es que Europa haya delegado en los yanquis el cuidado de defender sus intereses, alentándoles por este solo hecho á que sigan su marcha absorbente; lo increíble es que las demás naciones hispano-americanas no se sientan amenazadas y que el instinto de conservación no las mueva á unirse contra el común enemigo.

Hoy es México el amenazado, porque el Tío Sam quiere llegar á Panamá. Mañana, cuando nada quede libre de su codicia en la América Central, comen-



Descendientes de aztecas que viven en Tierras Calientes. — Para defenderse de los Calores propios en tolas regiones, la gente se lanza gustosa al agua.

CÓMO PUEDE VENIR LA TREGUA

Sólo hay una nación que puede intervenir á título amistoso en el conflicto mexicano: España. Nadie, en efecto, puede suponer en ella otros fines que los generosos y abnegados de una madre. ¿Por qué no interviene? ¿Acaso las potencias se lo impiden?

Si el señor marqués de Lema, actual ministro de Estado, cuya competencia y buenos deseos nos complacemos en reconocer, sondara la opinión de Inglaterra, Francia, Alemania y el Japón, seguros estamos, y no nos faltan razones para esa seguridad, de que encontraría toda clase de facilidades para esa misión de paz.

Ya con el asentimiento y el apoyo moral de las potencias, la tarea habría de

zará con la del Sur hasta devorarla. Su política imperialista es evidente; su ansia de expansión, violentísima, y su ambición, insaciable. Son los modernos cartagineses y, como ellos, en nada reparan para llegar á sus fines.

Es necesario, pues, irles á la mano ahora; evitar toda intervención violenta de su parte, y para ello se impone una tregua entre los beligerantes.

ser más fácil. Los beligerantes oirían palabras de concordia *de una nación amiga, verdaderamente amiga*, y es casi seguro que remitiesen á las elecciones de representantes la solución del conflicto.

Doloroso es decir que si España no se encarga de esta misión tan hermosa, sólo á Japón pudiera intervenir eficazmente

representación que aceptó. Francia está inquieta por la defensa de sus intereses, que los Estados Unidos no han de proteger, y el Japón sólo aguarda un pretexto para imponerse á la federación del Norte de América. Si España logra pacificar á México, habrá hecho tanto por su dicha como hizo Hernán Cortés por su conquista.



El ilustre señor de la Barga, embajador de México en París, y sus secretarios, hablando con nuestro director en uno de los salones de REVISTA GRÁFICA.

para acabar la guerra civil; pero... ¿lo permitirían los Estados Unidos?

Cuentan los yanquis en México grandes intereses materiales; Inglaterra y Francia también; pero España tiene más que todas esas naciones juntas, porque están allí sus hijos, españoles y mexicanos, todos de su propia carne y sangre, y ha de velar por ellos.

El momento es propicio. La inexplicable muerte de Benton trae soliviantada á Inglaterra contra la nación yanqui, que no ha sabido cumplir los deberes de la

la, y todos los países hispano-americanos verán con júbilo inmenso que su vieja madre no les ha olvidado.

Ya meritisimos patricios españoles han tratado de persuadir á los beligerantes mexicanos de que deben concertar una tregua; la iniciativa es hermosa y merece toda clase de elogios, pero el resultado no ha correspondido al deseo. Y es que no son unos pocos españoles, por prestigiosos que sean, los que pueden resolver la cuestión: que intervenga España, como Estado, y que ponga en la



El mercado de Amecameca. — El gentío es numeroso y el calor aprieta de firme: mas, bien protegidos por los característicos sombreros usados en México, la gente no teme y correlea de uno á otro lado.



Naturales de México tejiendo la paja conocida con el nombre de «maguey», y con la cual se fabrican sombreros, camas de campaña y otros muchos objetos.



Vista desde lo alto de la catedral de San Francisco, de la linda población de Cholula.



Jalapa. — Una de las poblaciones más curiosas de México. Además, las jóvenes de esta población son célebres en América por su belleza.

resolución de este asunto todo su empeño. Sólo así podrá llegarse á una solución favorable.

HABLANDO CON EL MINISTRO DE MÉXICO

Una amable visita del señor de la Barra á REVISTA GRÁFICA nos permitió hablar algunos instantes con el eminente hombre de Estado. Inútil es decir que no nos pasó siquiera por las mientes oír de sus labios declaraciones concretas acerca de los interesantes puntos que quisimos tocar; por algo los diplomáticos fueron siempre la desesperación de los periodis-

tas. Con todo, á través de las sutilidades con que eludía cortésmente el dar respuestas precisas, pudimos adivinar que el problema mexicano, con ser grave, no lo es tanto como lo dejan ver los telegramas de Nueva York, y que tal vez una solución de paz se avecina. Cambió muy luego de tema; arrastrados por la magia de su palabra, de un salto pasamos de México al Japón, de donde acababa de llegar, y tuvo la bondad de servirnos de incomparable *cicerone* á través del país nipón, que le ha acogido con vítores entusiastas. La cariñosa recepción que tuvo por parte del Mikado, las múltiples fiestas con que todas las clases sociales se disputaban á porfía manifestar su afecto á México, fueron desiertas de modo inimitable por el señor de la Barra, que es un delicioso narrador. Y cuando dió por terminada la visita, que nos pareció un relámpago, una misteriosa lucecilla de esperanza se encendió en nuestro espíritu.

Al despedirnos del ilustre hombre de Estado, y como le hablásemos de España,



Catedral de Jolapa, una de las maravillas de la conquista española. — Esta iglesia es uno de los tipos más característicos en su género.

nos dijo con un acento de sinceridad que nos impresionó: «Siempre hemos tenido por madre á España. De ella sólo bien podemos esperar.»

Y nosotros nos preguntamos: ¿Por qué no ha de justificar esa frase la patria de Hernán Cortés?

Al Gobierno español corresponde utilizar la situación actual, logrando que su mediación decida el fin de la lucha. Las primeras gestiones no habria que realizarlas en México, sino en París, en donde el marqués de Villa-Urrutia, maestro en

lides diplomáticas, prepararía la transacción sin grandes esfuerzos. Luego, para coronar estas gestiones, un enviado extraordinario de España iría á México para tratar las condiciones de la tregua.

Si ésta se logra, y no lo creemos imposible, ni mucho menos, España consolidará su influencia en América latina, y en lo porvenir, para todas las contiendas que pudieran surgir entre esos países hermanos, sólo habrá un árbitro: España.

J. Muñoz Escámez.



NOTABILIDADES HISPANO-AMERICANAS EN PARÍS



Excmo. Sr. D. Enrique Dorn y Alsúa, Encargado de Negocios de la Legación del Ecuador, que acaba de tomar parte en el Congreso de la Hora, en París, y con quien tuvimos el placer de hablar en nuestra Redacción días pasados.



ACTUALIDADES



El puerto de Trieste en donde ha embarcado el príncipe de Wied, nuevo rey de Albania, que ha recibido de su pueblo una acogida entusiasta.

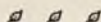
M. Stephen Pichon, que acaba de ser nombrado director del «Petit Journal», de París.



Portugal continúa siendo víctima de la revolución, y los atentados de toda clase se suceden diariamente. He aquí un tren descarrilado por los huelguistas ferroviarios.



Los generales mejicanos Villa y Ortega, jefes de los revolucionarios, actualmente en arreglos con el representante americano Gray.





Retrato del Excmo. señor don Juan Menéndez Pidal, nuevo académico de la Española.

A la izquierda, el retrato de don Pedro Aladro Kostriota, español pretendiente al trono de Albania, fallecido en París.



Madrid. — Aspecto de la casa derrumbada en la calle de Mesoneros Romanos. Por causas aún poco conocidas, una de las casas de la capital de España se vino abajo. Afortunadamente, y casi por milagro, no hubo que lamentar desgracias personales.

El ministro de Fomento de España, Excmo. Sr. Ugarte, y la Presidencia del banquete celebrada por los ferroviarios, para conmemorar el XXVI aniversario de la fundación de la Sociedad.



El Excmo. Sr. González Besada pronunciando su discurso en el acto de cesión del monumento á Campoamor. Las palabras del señor González Besada fueron muy bien acogidas por las numerosas personas que acudieron al acto.



El marqués de Aguilar de Campóe, mayordomo mayor de S. M. la reina doña María Cristina, que acaba de fallecer.

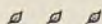


Los bomberos tratando de sostener el andamiaje que apuntalaba la casa de la calle de Mesoneros Romanos (Madrid), y que se derrumbó.



El Ilmo. Sr. obispo de Madrid - Alcalá, nuevo académico de la Historia.

A la izquierda, don Francisco de Fernández de Bethencourt, que ha pronunciado el discurso de recepción del nuevo académico.



El Carnaval en Madrid.— Una de las carrozas que más gustaron, y en la que iban bellísimas señoritas derrochando confetti y alegría.



Una Comisión de los estudiantes franceses de París, colocando numerosas coronas al pie de la estatua que representa la población de Estrasburgo, en la plaza de la Concordia.

□ □ □



Los centros obreros de Inglaterra están en la mayor agitación, inclinándose en favor de los desterrados del Africa del Sur, cuyo desembarque representamos en la presente fotografía.



Casi una montaña entera se ha desplomado en Francia, en Teil, hundiendo bajo millones de metros cúbicos de tierras los campos y las granjas. Las tropas acudieron desde los primeros momentos para salvar a la gente y los objetos de valor.



El trompeta Rolland. — Francia ha festejado al viejo militar, que, prisionero de los árabes, en vez de locar á retirada, dió los toques de carga, que decidieron la victoria.



¿ Creéis que esta vista es de una incógnita población europea? Os equivocáis. Es el Manzanares, tal como estará cuando sea un hecho su canalización. El proyecto, del ingeniero señor Fungairiño es, como se ve, admirable.

Soñemos, Madrid

soñemos...

(Conclusión)

A PARTE de los proyectos de que se habló anteriormente (1) existen otros en las oficinas municipales que se hallan en estudio, y de los que, por razones especiales — aquí fuera de lugar — no nos ocuparemos. Tales son, por ejemplo, el de embellecimiento y rectificación de la calle de Segovia, el de la glorieta de las Pirámides y terrenos anejos, y el relativo a las Vistillas, que convertiría las abandonadas vertientes de este cerro en delicioso y pintoresco jardincillo.

Tratemos ahora de otros de más próxima realización. Con ellos la visión del Madrid futuro, nuevo, limpio, risueño, se hace más luminosa...

MATADERO Y MERCADO DE GANADOS

En la dehesa de la Arganzuela, al sur de Madrid, pronto empezará a construirse con arreglo al concienzudo y acabado proyecto del arquitecto municipal don Luis Bellido. En este caso, lo mismo que en la Necrópolis y la Gran Vía, ya no se

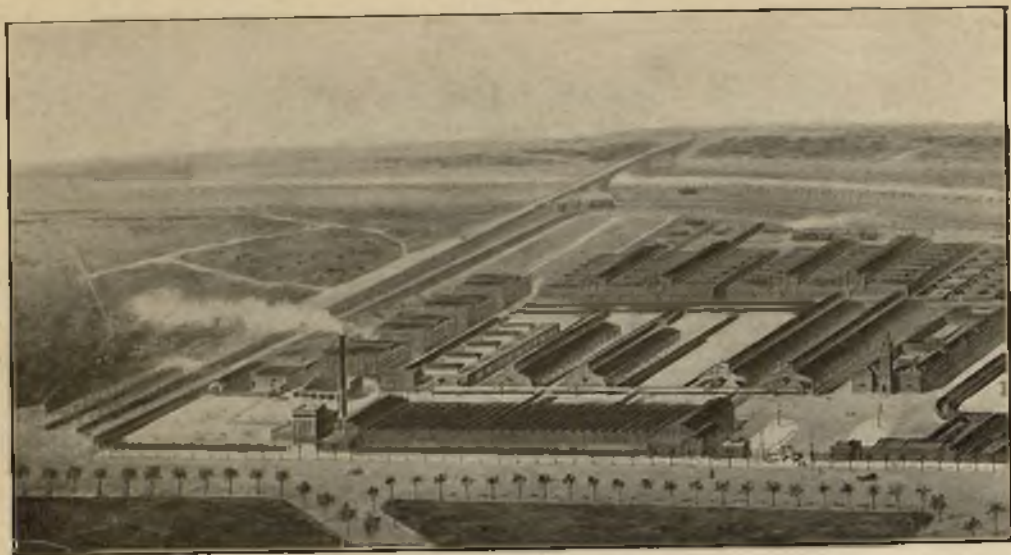
trata de un plan quimérico sino, de una realidad de la que el público no tardará en darse beneficiosa cuenta.

« Entre los diferentes problemas — escribe el autor del Nuevo Matadero — que ofrece el abastecimiento de subsistencias en los grandes centros de población, ninguno tiene la importancia del que es objeto de este proyecto, tanto porque el mayor ó menor consumo de carne es considerado, con razón, como regulador de la vitalidad física de los pueblos, origen, á su vez, de toda otra suerte de energías, como porque la complejidad de los medios de resolverlo debidamente, hacen fijar hacia él la atención como en ningún otro, y así ha sucedido siempre en todos los países.

» Dos aspectos principales ofrece esta cuestión á resolver: el económico y el sanitario. Conseguir que los precios de las carnes sean los más bajos posibles, y asegurar sus perfectas condiciones de salubridad. »

Como nos falta la necesaria competencia, y la índole de REVISTA GRÁFICA tampoco lo permitiría, hacemos gracia al lector de los datos técnicos relacionados con esta obra. Bastará saber que satisface hasta las menores exigencias higiénicas—

(1) Véase el número precedente de REVISTA GRÁFICA.



El nuevo Matadero general y Mercado de ganados de Madrid será una maravilla. Basta contemplar la perspectiva de conjunto para darse idea de su importancia. El proyecto es un alarde de buen gusto y de ciencia. Nuestro aplauso sincero al arquitecto municipal don Luis Bellido.

tan fundamentales en edificios de esta naturaleza; — que los citados aspectos sanitario y económico han sido gallardamente resueltos, y que el nuevo Matadero Municipal será uno de los más completos y hermosos del mundo.

Estará situado en la parte de la finca comprendida entre el paseo de la Chispera por el Norte, la carretera que conduce al puente de la Princesa por el Este, el paseo del límite del río Manzanares por el Sur y la prolongación del paseo de Santa María de la Cabeza por el Oeste, cuyo perímetro encierra una superficie de 165.415 metros cuadrados, ó sean 2.130.545 pies cuadrados. Además, podrá destinarse á ampliaciones posteriores ó para pastoreo del ganado la parte de la dehesa situada al otro lado del puente de la Princesa, que mide unos 445.130 pies cuadrados.

Estas cantidades darán al profano idea de tan vasto proyecto. Y, como el espacio falta, añadiremos los datos siguientes que, escuetos y sin retórica, dicen cómo será, en plazo no lejano, este nuevo edificio municipal, honra de su autor, llorón del Concejo madrileño y gala de la coronada Villa.

Los locales de que se compondrá el nuevo Matadero son los que á continuación enumeramos, teniendo á la vista la luminosa y documentadísima Memoria redactada por su autor:

GRUPO PRIMERO: Servicios generales. — **Palabellón** de la Dirección y Administración; **Bolsa** para reconocimiento y venta

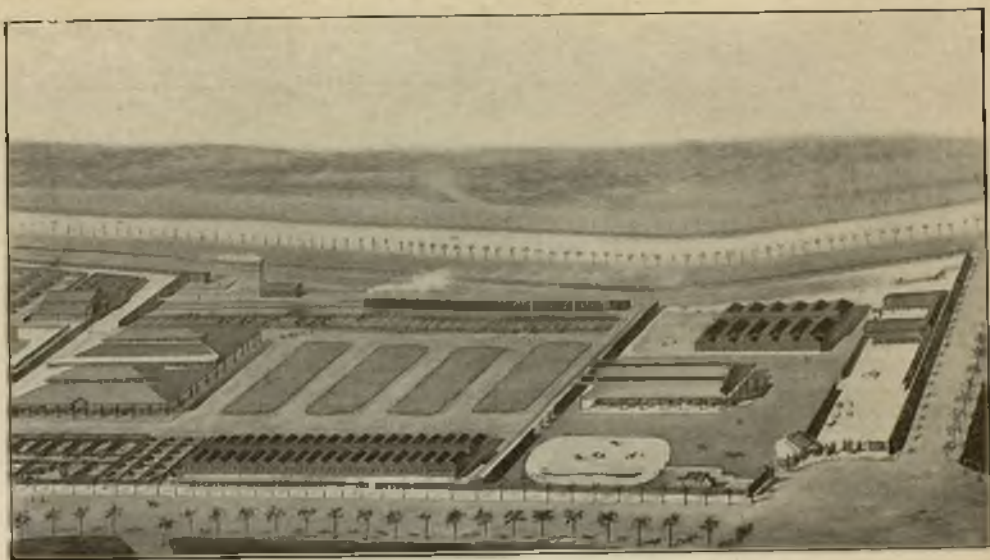
de carnes y laboratorio; porteria; felato y cuerpo de guardia; puesto de incendios; encerradero de perros (de las personas que permanezcan ó vivan en el establecimiento); cochera para coches y carros del establecimiento y del público; cuadras para caballerías del establecimiento y del público; garaje para automóviles del establecimiento y del público.

GRUPO SEGUNDO: Matadero. — Naves de degüello de ganado vacuno (dos iguales); ídem de terneras; ídem de ganado lanar; ídem de cerdos; cámaras frigoríficas, antecámaras y coladeros; sala de máquinas y calderas, carbonera, fábrica de hielo y depósito de agua; mondonguería y secadero de pieles; taller de vaciado.

GRUPO TERCERO: Mercado de ganado, de abasto ó de consumo. — Corrales de entrada y reconocimiento del ganado; Nave de exposición y venta del ganado vacuno; establos para ganado vacuno, para terneras, para ganado lanar y para el de cerda; corrales y cobertizos para ganado vacuno bravo; depósito de estiércol.

GRUPO CUARTO: Mercado de ganado de trabajo. — Porteria y oficina administrativa; patio con cobertizos y cuadras para mercado de carros; cuadras para caballos, mulas y asnos; nave de exposición y venta de los mismos; pista para pruebas; cantina; lazareto.

GRUPO QUINTO: Sección sanitaria (dividida en lazareto y matadero). **Lazareto.** — Porteria é inspección veterinaria; establos de observación y aislamiento para ganado vacuno; ídem para ídem lanar y



He aquí otra vista del matadero y mercado de ganados tomada desde otro lado.

de cerda; corrales para ganado vacuno bravo y manso.

Matadero. — Nave de degüello para ganado vacuno, lanar y terneras; *idem* para ganado de cerda; pabellón para la inspección sanitaria con sala de autopsias y laboratorio; sala de aparatos para esterilización de carnes y aprovechamiento de resztos; generador de vapor; horno crematorio.

GRUPO SEXTO: Servicio ferroviario. — Vías, agujas y placas giratorias; andenes de desembarque y embarque; puesto de desinfección de vagones; estación.

La vía férrea, que tan importante papel desempeñará en sus relaciones con el matadero, podrá unirse con la de circunvalación, empalmando en la Alhondiga, ó con la de Madrid á Cáceres.

Por último, ocioso es advertir que la canalización del Manzanares acrecerá la utilidad y ventajas de este proyecto.

PASO SUPERIOR AL FERROCARRIL DEL NORTE Y RAMPAS DE UNIÓN CON EL PUENTE VICTORIA Y PASEO DEL REY.

Así reza el título de este proyecto, debido al buen gusto, cultura y madrileñismo del distinguido arquitecto don Julio M. Zapata, autor, con el señor Ribera, del puente Reina Victoria.

Cuando se tenga la fortuna de verle realizado, el extranjero que llegue por la estación del Norte ya no arrugará el ceño ni dejará asomar á sus labios un calificativo mortificante.

Las rampas suaves que parlan de la Glorieta de la Florida, donde mantendrá su prestigio goyesco la venerable ermita

de San Antonio, — detalle exquisito del señor Zapata, — pondrán al forastero en rápida y cómoda comunicación con Rosales y los bulevares, parte alta de Madrid é indiscutiblemente la más hermosa por su modernidad y salubridad. Amén de ello, este proyecto, en el que resplandece un depurado buen sentido, realzará la belleza del Parque del Oeste, y, con el puente Reina Victoria, la canalización del Manzanares, y la Avenida Victoria — prolongación dichosa de la Plaza de España — dará á esta parte de la capital una magnificencia extraordinaria.

Es decir, los harapos se habrán trocado en sedas; el erial en edén... Madrid, Madrid, ¿quién va á conocerte en este cuento brujo, cuyas hadas son unos cuantos señores arquitectos?

CANALIZACIÓN DEL MANZANARES

Otra vez varias entidades y corporaciones matritenses han acudido á los poderes públicos para que se emprendan lo antes posible las obras de canalización del Manzanares.

¿Se conseguirá ahora lo que desde hace más de tres años (en septiembre de 1910 fué aprobado técnicamente el proyecto) viene solicitándose? Suponemos que sí.

Al Manzanares, tan injuriado, le espera un mañana deslumbrador como una apoteosis. Ya no le llamarán «arroyo con honores de río», ni se dirá que el enorme puente de Toledo es «un puente que necesita un río»; ni otro embajador le preferirá á los restantes porque dejara de ser «navegable en coche y á caballo»... Cervantes, Quevedo, Dumas, Gautier y



El arquitecto señor Nava proyecta una grandiosa Necrópolis. En la parte superior se ve el conjunto de la nueva ciudad de los muertos. En la inferior, uno de los viaductos que conducirá a la Necrópolis en el camino dedicado al traslado de las cadáveres.

todos cuantos le hicieron objeto de burlas y epigramas, dentro de pocos años si resucitasen, quedarían suspensos y maravillados.

Majestuosamente el Manzanares correrá, y aunque no lo surquen canoas automóviles y gabarras — como mucha gente espera, — por lo menos habrá realizado la caritativa empresa de librar á la Corte de los actuales « balnearios », lavaderos, chozas y tendaderos, que no pueden ser más pintoresca y repugnantemente vergonzosos.

Porque la canalización, en la que nada tiene que ver el Ayuntamiento, sino el Estado, es exclusivamente una obra de saneamiento.

Comprenderá desde el Puente llamado

de los Franceses hasta el arroyo de Abroñigal, una extensión de 7.484 metros. El importe presupuestado de esta obra, en la que están incluidos los dos colectores del alcantarillado, se eleva á 8.200.000 pesetas. Háse calculado para realizarla el término de seis años, y el autor de tan necesaria reforma es el conocido ingeniero de Fomento don Eduardo de Fungairiño. En líneas generales, la labor que ha de llevarse á la práctica es regularizar el curso del río, de suerte que no serpenteé tan caprichosa y nocivamente como hoy.

Además del cauce para las avenidas ordinarias, en las que éste tendrá una profundidad de dos metros y medio, se construirá una especie de rampa á cada

lado para las extraordinarias. Las orillas actuales se respetarán en la forma antes indicada, y puede decirse que en casi toda la línea de siete kilómetros, esto es, en la que bordea el Madrid edificado, y buena parte más, los vecinos de esta villa disfrutarán no sólo de las positivas ventajas de una obra tan eminentemente higiénica como esta, sino del atractivo de dos márgenes amplias, tal vez con embarcaderos para excursiones de recreo, con magníficos andenes de árboles y con profusión de soportes voltaicos que darán a la: hoy sucias, pestíferas y malsanas riberas encantadora amenidad y simpática animación.

Toda esta última labor de urbanización corresponde, naturalmente, al Municipio. El Estado considerará cumplida su misión una vez que haya rectificado el curso del río y canalizado éste. Más tarde se prolongarán los dos colectores que llevarán las materias fecales á diez kilómetros del arroyo Abroñigal, dando así digno remate á un proyecto que ha de favorecer extraordinariamente á la villa y corte.

¿Cuándo será esto un hecho? repetimos. En las oficinas del «Canal y pantanos de Castilla y canalización del Manzanares», dependencia de Fomento donde radica el expediente oportuno, lo ignoran. El único trámite que falta por llenar es el de anunciar la subasta. Entretanto, soñemos, Madrid, soñemos...

«Pues señor, una noche de junio, la de la verbena de San Antonio, un grupo de modistas y estudiantes bajó desde la glorieta de la Florida al embarcadero que junto al puente de la Reina Victoria había. Allí, siempre bulliciosos, alquilaron una lancha engalanada con farolillos y cadenetas de papel... La frágil embarcación, con su bagaje de ojos negros, labios reidores, pañolones de Manila y ramos de claveles, avanzó río arriba, que ancho y sosegado por entre sus floridas orillas se deslizaba.

«La noche era apacible; las estrellas brillaban como miles de farolillos de otra verbena sideral nunca, dichosamente, fenecida. Y cuando la barca fué con su proa tajando las estremecidas aguas en las que la luna tendía su moaré de plata, uno de los mozos lanzó un suspirillo y murmuró románticamente: — ¡Qué tonto soy! ¿Pues no me dan ganas de llorar, de llorar de alegría? — ¿Por qué? — preguntó una de las voces frescas de mujer. — Porque me acuerdo de que hace muchos años, según he oído á mi padre, hubo un ministro de Fomento, don Augusto González Besada, que aprobó la genial idea de canalizar este río, en el que tanto se puede soñar dentro de una barquilla, con los suspiros de la novia cerca de nuestro pecho... — Y el joven añadió tímido: — ¿Queréis que, por una sola vez, entre este fresquito de la noche y el agua, lancemos un viva insólito, estupendo, un viva, no de mitin ni de Congreso, sino de novios en plena paz y en plena ventura?... Si, amigos; si, nenas: ¡Viva el señor don Augusto González Besada!... »

Y, entre tanto, la barquichuela, lenta, gallarda, con la risa de sus farolillos, avanzaba contra la corriente, que era rumor y plata...

E. RAMÍREZ ÁNGEL.

Creemos oportuno hacer constar que, tanto en el Archivo Municipal, como en las Oficinas de la Gran Vía y en el Ayuntamiento, hemos encontrado todo género de facilidades para escribir el presente artículo. Nuestra gratitud á los arquitectos; al distinguido funcionario y cronista de esta corte, Sr. Rincón; al archivero Sr. Ciria y oficiales Sres. Socías y Orro; y, por último, al Secretario del Ayuntamiento, Sr. Ruano, tan culto como deferentísimo.



Modelo del proyecto de paso superior al ferrocarril del Norte y rampas de unión con el puente Victoria y Paseo del Rey. El proyecto es del señor Zapata.



No vivían tan oscuros los buenos vecinos de Madrid al comenzar el último cuarto del siglo XVIII, como han supuesto algunos cronistas, amigos de entenebrerlo todo y de colocar cosas y hechos en un denso fondo de obscuridad. Pero la gente se opuso al principio, y hubo no pocos faroles rotos.

Cuentos históricos

La Boda del Cardenal

No vivían tan á oscuras los buenos vecinos de la villa, corte de las Españas, al comenzar el último cuarto del siglo XVIII, como han supuesto algunos cronistas, amigos de entenebrerlo todo y de colocar cosas y hechos en un denso fondo de obscuridad, con sus puntas y ribetes de misterio.

Ya el ilustre arquitecto don Francisco Sabatini había ideado, y don Leopoldo de Gregorio (marqués de Esquilache) había ordenado y conseguido llevar á la práctica, el alumbrado de las calles de Madrid.

Cierto es que no consiguió su propósito sin frecuentes y estrepitosas roturas de faroles contra los cuales volaban las piedras como por ensalmo, y menudeaban los garrotozos que era una bendición del cielo, y exacto es también que algunos galloferos y capeadores hicieron práctica, presinténdola sin duda, aquella frase de un famoso pasquín que apareció en Sevilla, cuando, algunos años más tarde, se estableció en dicha ciudad el alumbrado público, y que decía así :

«¿Farolitos, ch? ¡Bueno! Así se verán mejor las capas.»

Todo esto es verdad; pero no lo es menos que las calles de la corte estaban alumbradas y que ya no podían campar por ellas con tan absoluta impunidad y profundo misterio como lo hicieron antaño los amadores, los tahures, los ladrones y los buscadores de aventuras.

Los ojos de lince de las rondas de alcaldes, guiados por el rayo mortecino de un farolillo de aceite, divisaban á larguísima distancia la silueta fugitiva, el buito escurridizo de algún trasnochador, que por una ú otra causa, casi nunca buenas, tenía sus razones para no desear encontrarse cara á cara con la justicia, y solían detenerle antes que se desvaneciera en la sombra.

Y esto fué precisamente lo que llevó á cabo una de estas rondas, la cual, en una de las últimas noches del mes de octubre de 1775, y ahora ya próxima de la del alba, vió con asombro no exento de regocijo, por lo que el hecho prometía de aventura sabrosa, primero, caer una capa, y después descolgarse un hombre de lo



*Pero no tuvo tiempo, porque el desconocido tiró la capa y le mostró el semblante, á la vez son-
riente y altanero, como el que está seguro de producir efecto.*

alto de la elevada cerca que circundaba la famosa huerta titulada el jardín de la Priora, perteneciente al convento de santo Domingo, desde los tiempos de Fernando el Santo, que donó el terreno para huerta á la priora de dicho monasterio.

Dirigiéronse al punto los rondadores oficiales al lugar del suceso, como diría al presente un buen reportero judicial; pero, por pronto que quisieron acercarse al desconocido, ya este había recogido del suelo su capa, que era larga y amplia, más de lo permitido en las pragmáticas y ordenanzas, se había embozado en ella hasta los ojos, y calándose bien el sombrero, no de alas recogidas como estaba mandado por el ministro, sino muy extendidas y amplias, de aquellos que pusieron en moda en Francia los arcabuceros del duque de Schomberg — de donde les vino por corruptela el nombre de *chambergos*, — emprendió su marcha á buen paso, no sin requerir antes la espada de la cinta, al observar que le seguían, hacia los Caños del Peral.

Salió al encuentro la ronda, procuró el evitar el tropiezo; cercaronle é intentó romper el asedio, diéronle el alto en nombre del rey y respondió con una cuchillada que dejó malparado á un alguacil; acusáronle más fieramente y defendióse con más gallardía y peores resultados para la justicia, pues era el incógnito recio y ágil, de aventajada estatura, y, á juzgar por los hechos, habílsimo en el manejo de la espada.

Pero, al fin, la fuerza del número pudo más que la bravura del acorralado. Echáronse sobre él varios enemigos á la vez; le sujetaron, quitáronle el arma con que se defendió tan bravamente y le preguntaron el nombre, á lo cual, respondió:

— Inútil es la pregunta. No hablaré con nadie, y, si no me conocéis, como debierais, pues obligación tenéis de conocerme, no diré quién soy, hasta hallarme en presencia del corregidor.

Y como ellos, algo atemorizados ya ante la actitud enérgica del desconocido, trataran de insistir, éste les dijo, mostrando una daga, que no se habían cuidado de quitarle:

— Si intentáis hacerme violencia, me mataré, y la responsabilidad será vuestra.

Y no se habló más; sino que, silenciosa y respetuosamente, y no obstante lo intempestivo de la hora, le llevaron ante el corregidor, el cual, aún somnoliento y malhumorado, como aquel á quien a deshora levantan del lecho á lo mejor del sueño, apenas enterado de lo ocurrido se dirigió con ademán de energía, casi

con violencia, al recién llegado, con ánimo de increparle.

Pero no tuvo tiempo, porque el detenido, bajándose el embozo de la capa, pero sin quitarse el sombrero, le mostró el semblante, á la vez altanero y sonriente, como el que está seguro de producir efecto, y al verle, exclamó todo confuso y asombrado el corregidor:

— ¡Su alteza serenísima!

Y la ronda, al oír estas palabras, desapareció como por encanto.

II

En efecto, el recién llegado, el rondador misterioso, el sallador de tapias de convento, era nada menos que el serenísimo señor infante don Luis de Borbón, hermano del buen rey Carlos III, y al cual, por influencia y ambición de su madre Isabel de Farnesio, habían hecho cardenal en 1737, cuando contaba apenas diez años de edad.

Y no un cardenal que pudiéramos llamar honorario, como lo fuera antaño el duque de Lerma, á su caída del gobierno, sino que el capelo de don Luis se asentó más adelante sobre las ricas mitras de Sevilla y Toledo, cuyas archidiócesis gobernó y administró el cardenal-infante hasta que, cansado de aquella vida, para la cual no había nacido, faltó en absoluto de vocación religiosa, renunció el capelo y las preeminencias archiepiscopales, no obstante los ruegos y las indicaciones que en contrario le hicieron personas altísimas.

Tal era el personaje que estaba en la presencia del señor corregidor de Madrid.

Ocupaba á la sazón tan importante cargo don Alonso Pérez Delgado, nombre que recomiendo á la buena voluntad de mi ilustre amigo don Eduardo Vincenti y al cual pueden muy bien imitar los alcaldes, pues ya en 1767 prohibió, «en beneficio del pueblo, la reventa de géneros comestibles por segunda mano» y adoptó grandes medidas respecto del barrido y riego de las calles, y el vertido de aguas sucias, sacudida de alfombras y esteras, y hasta prohibió barrer hacia fuera ventanas y balcones, para no ensuciar al público (1), mandato que en esta época nuestra sería de todo punto innecesario, puesto que todo el mundo barre hacia dentro.

Quiero decir con esto — además de lo dicho — que el corregidor Pérez Delgado

(1) Faralda y Ulrich. *Corregidores y alcaldes de Madrid*.



Ya el marques de Esquilache había ordenado y conseguido llevar á la práctica el alumbrado de las calles de Madrid, aunque no consiguiera su propósito sino con gran trabajo.

dicho — que el corregidor Pérez Delgado era hombre de carácter, al cual, cuando de cumplir su deber se trataba, no intimidaban altas posiciones ni vencían recomendaciones oficiales, y que, una vez repuesto de la impresión primera, que la sorpresa de tener delante, como reo, á tan ilustre personaje, le causara, dirigiéndose al cardenal infante, le dijo:

— Bien lamento, señor, que vuestra alteza haya sido conducido á mi presencia en tal forma, por tal causa y á tan desusada hora; por cuya razón, como no es el momento más oportuno de administrar justicia, ni yo me creo con autoridad bastante para hacérsela, y como sin ella no os podéis marchar, habréis, señor, os lo ruego respetuosamente, de aguardar hasta mañana, para comparecer ante quien os puede juzgar.

— ¿Osaréis detenerme? — preguntó entre soberbio y asombrado el cardenal.

— ¡Libreme Dios y nuestro bendito patrón San Isidro, de tal intento, señor! Yo no detengo á vuestra alteza; no hago más que rogarle encarecidamente me honre aceptando la hospitalidad de mi humilde morada por esta noche, hasta que...

— ¿Hasta qué? — interrumpió furioso el infante.

— Hasta que mañana — replicó con tranquila energía el corregidor — os conduzca á la presencia del rey.

Y, sin esperar á más respuesta, llamó á la ronda, ordenó al jefe que vigilasen las puertas de la casa, para que de ella no saliera nadie; inclinóse respetuosamente ante el cardenal é indicándole la entrada de una amplia galería, le dijo:

— Por aquí, señor; por aquí están las habitaciones donde vuestra alteza puede descansar.

— Con permiso de vuestra alteza.

Y echó delante para servirle de guía, y el cardenal infante le siguió con más asombro que buena voluntad.

III

No habían sonado aún las ocho de la mañana en el magnífico reloj colocado en el nuevo y suntuoso palacio de los reyes, que aún no concluido, habitaba ya Carlos III, cuando el corregidor Pérez Delgado se presentó ante las reales habitaciones con objeto de prevenir al monarca acerca de lo acontecido en la noche anterior y prepararle para la visita que había de hacerle, acompañando al cardenal; pero no pudo lograr sus propósitos porque como el buen Carlos III, á imitación del famoso hidalgo manchego, y aún más que esto, era gran madrugador y amigo de la caza, apenas des-

puntó el alba, había salido de Palacio para entregarse, no á su distracción favorita, sino á su avasalladora pasión.

Porque es de advertir, dice uno de sus historiadores, «que el rey Carlos daba como triste y malamente perdido el día en que no había disparado algún tiro, y jamás se le veía de humor acre sino en los días de Pasión, únicos que sacrificaba á su diversión favorita». En el registro de piezas muertas por su mano, que llevaba cuidadosamente, el número de lobos ascendía, por la fecha en que ocurrían los sucesos que vamos narrando, á 539, y el de zorras á 5.523. No hablamos de liebres y demás caza menor, porque su número era incalculable.

Un personaje extranjero que viajó entonces por España, y recibió atenciones del monarca, hace de éste el retrato siguiente, que difiere bastante de los que generalmente se conocen:

«Trae casi siempre un sombrero de ala ancha, una chaqueta de paño de Segovia, una chupa de gamuza, un cuchillo de monte, calzones negros y medias de lana.

» Los días de gala se pone un traje magnífico; pero como se propone ir á caza por la tarde, y no quiere perder el tiempo, los calzones negros los viste con todo traje.

» Cuando se le dice que hay un lobo en tal ó cual parte, recorre gustoso la mitad del reino para matar la fiera.

» Por la mañana, después de una breve excursión, vuelve á comer, habla á los ministros extranjeros, se retira algunos minutos con su confesor y, comúnmente á las tres, y á veces antes, sale de Palacio y recorre ocho ó diez leguas antes de empezar la caza.

» El tiempo no le detiene jamás; porque no teme ni truenos, ni relámpagos, ni granizos, ni nieve; y muchas veces, calado por la lluvia, suele decir á los de su comitiva:

« — El agua no rompe costillas. »

Tal era la vida del rey; y en el traje arriba descrito recibió, á la vuelta de su venatoria excursión matinal, al cardenal infante su hermano y al corregidor.

La entrevista fué sobria y severa.

— Después de obtenida la real venia, Pérez Delgado dijo:

— Señor, su alteza el cardenal infante dirá á vuestra majestad la verdad de lo ocurrido. Yo así lo creo.

— Y así lo espero yo — contestó el rey.

Y dirigiendo una severa mirada á su hermano, le dijo:

— Hablad:

El cardenal, que sabía aprovechar perfectamente las ocasiones, se inclinó con



Quiero decir con esto, que el corregidor Pérez Delgado era hombre de carácter

respeto, é irguiéndose después con dignidad, contestó :

— Señor (1), nada nuevo tengo que decir á V. M., basándome para mi disculpa repetir lo que en dos cartas he tenido el honor de exponer á vuestra real consideración. No vacilo en declarar con toda franqueza mis graves faltas, mi reprensible conducta, mi comportamiento impropio de mi estado; pero bien sabéis, señor, que la causa de todo esto, el motivo que tuve para renunciar el gobierno de las mitras, fué la convicción íntima en que estaba de que no tenía vocación para el estado eclesiástico, y, antes bien, sentíame con inclinaciones incompatibles con los deberes de aquel.

»Como se desirrió mi enlace, he cometido desórdenes que lamento, especialmente por el disgusto que causan á V. M., á quien amo como hermano y venero como rey; pero, para evitar en lo sucesivo semejantes recaídas, con las cuales ofendí al monarca y á Dios, no hallo medio ninguno más que el casarme; y esto después del castigo que V. M. tenga á bien imponerme; es lo que pido á vuestra majestad.

— A todo se procederá en justicia y en bien del reino — dijo el monarca.

Y no se habló más. Hizo una indicación, con la cual daba por terminado el acto, y el infante y el corregidor salieron de la estancia, en la cual quedó solo el buen Carlos III murmurando:

— ¡El amor de los míos! ¡El bien del reino! ¡Cómo es posible dudar!

IV

Y proveyó, en efecto, aunque no inmediatamente, sino después de muchos ruegos, adoptando una resolución que dejó estupefactos, primero á todos aquellos á quienes interesaba, y después, á todos los españoles que de ella tuvieron conocimiento.

(1) Historien.

Por qué Carlos III, cuyo amor á la familia ha pasado á ser histórico, amor que le llevó á firmar el famoso *Pacto*, origen de tantas desgracias para España, amaba entrañablemente á su hermano don Luis, al cardenal infante, y sin embargo, al concederle el permiso que al fin le concedió para contraer matrimonio, le impuso la humillante condición de que no había de tomar por esposa ninguna princesa de casa reinante.

Inútiles fueron las instancias, los ruegos, las súplicas que al rey se hicieron para que desistiese de semejantes actitud.

Hasta la infanta María Josefa, hija del mismo Carlos III, estaba dispuesta á casarse con su tío el cardenal, y rogó á su padre que lo consintiera; pero el rey, firme en su actitud, no sólo no accedió á la súplica de su hija, sino que, como temiese ser desobedecido, publicó en 23 de marzo de 1776, aquella famosa pragmática (aplicada en España hace no mucho tiempo y cuyos efectos se han anulado recientemente) en que dice: «Se conservará la costumbre y deber que los infantes y grandes tienen de darme parte, así como á los reyes mis sucesores, de todos los enlaces que ellos, sus hijos ó herederos inmediatos, tengan propósito de contraer á fin de que dé yo mi aprobación real, y si contra toda esperanza aconteciese que faltase alguno á este deber indispensable, casándose sin mi soberano permiso, los infractores de esta ley, así como sus descendientes, en este solo hecho quedarán inhabilitados para obtener y poseer títulos, honores y bienes que emanen de la corona.

V

¿Cuál fué el propósito de Carlos III al imponer á un hermano á quien amaba tanto, un matrimonio desigual y hasta cierto punto vejatorio? Pues sencillamente evitar la probabilidad, muy remota, pero probabilidad al fin, de que los hijos que pudiera tener su hermano, si contraía enlace con una princesa de sangre real, pudiesen un día encender en España la guerra civil, disputando el trono á los propios hijos del rey.

Una vez más, la razón de Estado se impuso á los impulsos del corazón en el matrimonio de los príncipes, aunque en este caso, la imposición fué en sentido contrario de como suele acontecer con la generalidad de estos enlaces; pero en la ocasión presente, la severidad del rey fué tan grande, que concediendo permiso al infante para contraer un «casamiento de conciencia con una persona desigual», exigiéndole no obstante «que la eligiese

en la clase de familias nobles que disfrutasen de consideración», les advertía por anticipado, que la mujer de su hermano «no disfrutaría de más consideraciones que las que tuviese por su nacimiento, y *había de residir en una provincia, no en Madrid ni en los sitios reales*, y que cuando el infante hubiese de ir á la corte, habría de solicitar el real permiso, y esperar la autorización real, y no le habrían de acompañar ni su mujer ni sus hijos, *no siendo decoroso* — añadía — *que se presenten en la Corte*.

No cayó bien entre la nobleza del reino aquella dureza del rey Carlos, y lejos de hacer el vacío alrededor del infante, una comisión de la nobleza misma, como protesta indirecta contra aquella proscripción que al cardenal infante se imponía, ofreció á éste para que eligiera tres hermosas jóvenes pertenecientes á ilustres familias, eligiendo aquel mortal, entonces afortunado, á la que ya era famosa en España por su belleza: á doña María Teresa de Vallabriga y Mozas, condesa de Torresecas, sobrina del teniente general y caballero mayor del rey marqués de San Leonardo, que descendía de los Estuardos por ser nieto del mariscal duque de Berwick.

No á todos sonrió la dicha en aquellas famosas nupcias. Hubo en ellas una víctima: la bellísima Teresa Vallabrigas, que á la sazón contaba diez y siete años, y que sólo cediendo á repetidos ruegos y á severas instancias de su familia, y no sin derramar copiosas lágrimas, accedió al fin á dar su mano al fogoso cardenal infante que á la sazón andaba ya en la víspera de los cincuenta.

Casáronse al fin en Olias del Rey, siendo la bellísima Teresa modelo de esposas. El rey no consintió jamás que volviese á la corte una vez siquiera, ni ella ni sus hijos, á los que, no obstante, protegió á la muerte del cardenal infante, ocurrida en 1785, haciendo de uno de ellos, llamado también don Luis, sin duda para que no se perdiese la tradición, cardenal y arzobispo de Sevilla y Toledo. De las hijas del cardenal infante, una de ellas, doña María Teresa, casó con el príncipe de la Paz, y la otra, doña María Luisa, con el duque de San Fernando y de Quiruga.

Tal fué la vida de aquel famoso infante, violento, enamorado y buscador de aventuras, á quien pesaba tanto el capelo, que no dudó en cambiarle por el tranquilo y vulgar estado de padre de familia.

FERNANDO SOLDEVILLA.



H. G. WELLS

CRÓNICA DE LONDRES



LOS CUATRO PROSISTAS



LE entre los centenares de novelistas, de cuentistas, de conferenciantes, de narradores de viajes y de aventuras que escriben en inglés, y cuyos nombres os será dado tropezar con fastidiosa frecuencia en los escaparates de los libreros y en las páginas de los magazines, sólo cuatro, como los evangelistas, merecen pasar á la posteridad, á través de las antologías: uno es Wells, á quien sin duda conocéis por sus «historias del porvenir», por sus anticipaciones maravillosas y trágicas,

por su filosofía pesimista de la vida contemporánea y sus fórmulas casi matemáticas del dolor que acecha á la humanidad futura; otro es Arnold Bennet, evangelista de la risa, ó por decir mejor, de la sonrisa indulgente ante las monstruosidades cómicas de su raza y de su tiempo; otro es Bernard Shaw, espíritu aquilino, en cuyo pensamiento todos los problemas de nuestra época tienen una resonancia, y en cuyas páginas hallan una insuperable forma de expresión; otro, en fin, es G. K. Chesterton, ideólogo y luchador, polemista y orador político, novelista y

dramaturgo, personalidad capaz de entusiasmar y de exaltar, forjada en el yunque donde se labran los grandes caracteres. Si se dijera que Kipling es también un gran prosista, yo declararía preferirlo como poeta. Si se hablara del insigne novelista Tomás Hardy, al que se concederá el premio Nobel de literatura el año próximo, diría que es una figura venerable á quien no se puede considerar sino en el marco del pasado, mirando á la época de la reina Victoria, que comienza á tener ya el tono patino y desvaído de los cuadros y de las estampas viejas. Pero estos cuatro son los prosistas de la Inglaterra de hoy: distintos en los ideales artísticos y aún en los ideales de la vida, pero idénticos en la comprensión y en la piedad; hombres en quienes la fe en el futuro habla con su más profunda voz, **almas ungidas en la santa candidez con que se inician todas las epopeyas y en la esperanza con que se ha puesto la primera piedra de todas las grandes obras del mundo...**

Bernard Shaw es este hombre flaco que parece escudriñar vuestro pensamiento con sus ojos burlones, inquisitivos. Conoció en su juventud la miseria de Londres, que es la más trágica de las miserias. Fué crítico musical luego, en periódicos de la gran metrópoli. Y tras de los años oscuros, en los que, como el mástil único de un navío en la tempestad, siempre mantuvo enhiesta é indemne la severidad de sus principios puritanos, comenzó su carrera de dramaturgo. Escandalizó el buen público de Londres, en los comienzos: porque los personajes de Shaw, como los de Platón, dialogan, sobre todo lo divino y lo humano con la agilidad, la originalidad, la desenvoltura de quienes se asomaron por primera vez al espectáculo de la vida. Su diablo de *Hombre y superhombre* es un diablo emparentado con M. Bergeret, y en vez de chispas arroja paradojas. Su Napoleón de *El Hombre del Destino* es una silueta irónica, un carácter en una anécdota. Sus mujeres son encarnaciones del Eterno Femenino, tentador y fatal, de las leyendas cristianas, ó de la fuerza creadora de la naturaleza: mujeres en las que el genio de la especie de que Schopenhauer habló, dice sus palabras mas ineluctables. Y toda su obra dramática, con ser aparentemente arbitraria, tiene en cierto sentido la unidad, el encanto bárbaro y suntuoso de los vidrios

de las catedrales góticas: la misma transparencia de las figuras, el mismo rutilar, que es aquí de imágenes felices, de ideas inauditas, de contrastes, de paradojas, la misma nitidez de los contornos y de las tracerías, igual valor representativo de las figuras, construídas con una técnica ingenua y en las que, sin embargo, lo efímero de las formas humanas adquiere caracteres de eternidad... Y Bernard Shaw es millonario ahora, pero continúa siendo el santo laico, casto y abstemio de siempre. No fuma. No bebe más que agua. Es vegetariano. Y todo tan simplemente, tan humildemente, tan secretamente, que como un reporter americano le preguntara cierto día: «¿Por qué no come usted carne? ¿Por bondad ó por higiene?» Shaw, con la ironía ó el pudor de su virtud replicó:

— Ni por higiene ni por bondad : por estética...

La existencia de Wells tiene del cuento infantil y de la epopeya, de la novela y de la parábola. Fué, de chicuelo, mozo de una sastrería, como Dickens lo había sido de un limpiabotas. Para pagar sus estudios de bachiller ahorró la mayor parte de su mezquino sueldo semanal. Cayó enfermo, tuberculoso. Sidney Web, el socialista, le dió hospitalidad en su casa, lo curó, lo cuidó un año entero. Y durante la convalecencia, mientras á través de los cristales del balcón veía llenarse de brotes nuevos los árboles de la glorieta vecina, escribió sus *Anticipaciones*. Este libro fué un aldabonazo gigantesco dado en la puerta de la celebridad, que se abrió de par en par ante él. De la casa donde había entrado enfermo y pobre salió en el coche que su editor le ofreció como presente. Luego siguieron los estudios sociales, visiones á las que el amor á los humildes y la clarividencia profética daban una fuerza magna, las colaboraciones pagadas á precios fabulosos, las novelas animadas de un encanto extraño y nuevo, que han hecho soñar á los hombres en todos los rincones de la tierra... Pero Wells, en su palacio, es también el pensador de otro tiempo, abstraído, silencioso, desdenoso de sus propias obras. Y de toda su labor, lo único que le enorgullece, la única gloria que no quisiera perder, es la de haber escrito un libro de juegos infantiles, inventados por él, y realmente practicados por los niños. Los niños — suele decir

sonriente — son los únicos que después de conocer mis ideas han mostrado que había algo aprovechable y realizable en ellas...

Arnold Bennett, que ahora gana veinte mil libras esterlinas anuales sólo con sus novelas, fué en la mocedad redactor gratuito de un diario de provincias, en el que le pagaban con los billetes de teatro enviados por las empresas locales. Sobresalía en las biografías y en los panegíricos. Cuando en la ciudad hacía óbito algún sujeto notable, Arnold Bennett se personaba en el domicilio del difunto y de labios de los herederos recogía los datos dignos de comunicarse á la posteridad. Y fué tal vez en esos episodios de la vida provinciana donde su ojo adquirió el hábito certero que le hace descubrir los perfiles y las situaciones cómicas de sus contemporáneos. Lo cómico en la obra de Bennet es cosa de la vida misma y no de las palabras que él emplea para contarla. Sus comedias son la comedia de nuestra propia existencia, llena de convenciones y de artificios, de epi-

sodios triviales y risibles que nuestra sensibilidad no percibe, pero que la mirada de un hombre que se asoma al mundo libre de preocupaciones descubre desde el primer instante. Es un humorista y no un ironista. Yo imagino su obra, dilatándose por todas las tierras de habla inglesa, como una saludable, benévola, consoladora carcajada...

Y este hombre gordo, rabelesiano, que hace pensar en Gambrinus y en Falstaff, es uno de los espíritus más altos y uno de los caracteres más interesantes de que podáis tener idea: es G. K. Chesterton. De los poetas y prosistas profanos de la Edad Media tiene el amor á los goces de la vida terrena, el gusto del buen vino, como Gonzalo de Berceo, el epicureísmo y la curiosidad intelectual del abate Jerónimo Coignard. Yo lo conozco de los restaurants donde se come bien y de las bibliotecas donde se encuentran libros raros. Su primer drama *Magig*, estrenado este año, se ha escrito para probar la posibilidad de los milagros... Y todos sus libros, novelas, ensayos sobre cuestiones



G. K. CHESTERTON

G. BERNARD SHAW

políticas, sociales y literarias de nuestro tiempo, son de una originalidad inercible en un mundo tan viejo como el nuestro. Chesterton sabe proyectar la multiplicidad de sus ideas sobre los seres y las cosas más triviales, y dotarlos de una vida nueva, como una linterna mágica puebla de fantasmas multicolores la blancura de un lienzo ó de una pared; pero cuando el objeto de su atención es digno de ella, lo eleva á un plano superior, lo alumbra con una claridad que hace perceptibles sus rasgos más insospechados y más bellos; opera esa simplificación, esa exageración en que fundamentalmente consiste el arte y por virtud de la cual las cosas aparecen como típicas y como simbólicas, limpias del polvo de los lugares comunes, llenas de frescura y de vitalidad... Su último libro, por ejemplo, es una biografía de Dickens. Es uno de esos libros en los que el autor deja algo de su

propia vida, uno de esos libros que se ven llenos de salud y de optimismo por el mundo, y el que los escribió siente que algo de su personalidad ha disminuido, se ha ido para siempre con ellos y nunca volverá; y no puede dolerse, mas acaso siente, como los padres cuyos hijos triunfan prematuramente en las luchas del mundo, mezclada con el orgullo, cierta profunda, inconfesable melancolía. Pero por eso mismo este libro es una cosa viva y fragante, con la que nuestra alma puede aventurarse en un diálogo. Y cuando acabamos de leerlo conocemos el espíritu de Dickens, parecemos haberlo sondeado por nosotros mismos, tenerlo palpitante en nuestras manos, entre las páginas, como se guarda en un frasco el perfume de un brazo de rosas, cuando las rosas han muerto y desaparecido tiempo ha...

JUAN PEJOL.



ARNOLD BENNETT



DEMASIADO TARDE

Los Estados Unidos hicieron, en 1897, una terrible é injusta guerra á España, porque el « Maine » se había ido á pique en las aguas cubanas. El examen del barco, cuando fué puesto a flote, mostro claramente la inocencia de los españoles.



ORTE, mares et terra... Evidentemente, no ha habido guerras en el planeta y causas que las determinaran, sino cuando los hombres se organizaron en pueblos, con ideas, por lo menos primitivas, acerca de las nacionalidades.

¿Estamos seguro de ello? ¿No podría hacerse remontar el *casus belli* á los tiempos cantados por La Fontaine, en que los animales hablaban? ¿Qué significa la fábula del lobo y del cordero, sino la sín-

tesis de los orígenes de los conflictos pasados, presentes y futuros?

De todos los casos de guerras pasadas que han dejado una huella en la Historia, el más célebre es, sin duda alguna, el rapto de la bella Elena por Paris.

Esta aventura desencadenó sobre el mundo civilizado de entonces cuanto nos han relatado los poetas griegos y latinos. ¿Qué figuras tan grandiosas, á pesar de no haber existido!

Más próximo á nuestra época, el rapto de las sabinas por Rómulo y sus émulos,

constituye también un *casus belli* que se ha prestado grandemente á ser tratado por los artistas. Y, sobre todo, los pintores lo han ilustrado: Giordano, Julio Romano, Rubens, Poussin y otros muchos. La escultura lo ha traducido también en mármol. Y se recordará un grupo de Juan de Bolonia, que se conserva en Florencia.

Luis David, el conocido pintor francés, imaginó un grandioso cuadro: *El rapto de las Sabinas*, que se conserva en el Louvre.

En la época más esplendorosa de los romanos, estalló la tercera guerra púnica, que, como se sabe, concluyó con la ruina de Cartago, á la que el viejo Catón empujara á sus compatriotas con las palabras: *Delenda Carthago*.

Enviado al Africa por el Senado, el patriota de encendido pelo volvió exasperado de la prosperidad de la nación rival. Era preciso encontrar un pretexto, bueno ó malo, para comenzar la guerra. Se encontró fácilmente y Escipión se encargó de ejecutar el deseo de su antiguo cuestor en Sicilia, del que dijo: « Me han enviado de Roma un cuestor muy cargante. »

LA SAGACIDAD NORMANDA

Guillermo de Normandía encontró su *casus belli* de una manera muy astuta.

Cierta día que Haroldo, heredero adoptivo del rey Eduardo el Confesor, abordó en Normandía por una causa que aún no está bien aclarada, pero que pudiera ser una tempestad, el duque Guillermo lo llevó á pasear por los alrededores de Rouen, tratándole muy amablemente y convenciéndole, al fin, que los derechos á la corona de Inglaterra le eran debidos, y que cuando muriera Eduardo á él debía pasar el trono.

— Cédeme tus derechos — le dijo descaradamente.

Haroldo, desconfiado, vacilaba, pero por fin juró sobre dos relicarios insignificantes que cedería sus derechos al amigo Guillermo.

Pero Guillermo, sagaz, aunque marino rudo, tuvo la precaución de poner debajo de estos relicarios, ocultos por un paño, los esqueletos de varios personajes santificados. Y así, cuando el rey Eduardo murió, al año siguiente, y Haroldo pretexto la insignificancia de las reliquias para negarse á cumplir lo jurado, Guillermo reveló su subterfugio, se quejó al Papa y

la guerra comenzó, teniendo con esto motivo para declarar la guerra, la causa de guerra, ó, mejor dicho, pretexto para la guerra.

Además, los léxicos están conformes en esto:

« *Casus belli*, dicen, palabras latinas que significan: causa de guerra. Se llaman así, más particularmente, á los pretextos con los cuales se justifica una guerra. El *casus belli*, causa inmediata de una guerra, es raramente la causa real, porque suelen tener orígenes más profundos. »

En efecto, la guerra entre Holanda y Francia, en el reinado de Luis XIV, tuvo en apariencia una causa muy mezquina.

Los historiadores la llaman, algunas veces, la guerra de las medallas, porque fué declarada con el pretexto de que algunas medallas acuñadas en Amsterdam ridiculizaban al rey de Francia.

En realidad, el rey Luis XIV estaba pesaroso de haber firmado el tratado de Aix-la-Chapelle, y, sobre todo, de ver á los holandeses que se preparaban á atacar á uno de sus ejércitos.

Según parece, el embajador de Holanda van Benwigen, un regidor de Amsterdam, de aspecto muy necio, había hecho representar Versalles en el auverso de unas medallas, con la siguiente inscripción: *In conspectu meu stetit sol*, lo que viene á decir: « A mi vista, el sol se detuvo. »

Ahora bien, como el sol era ya conocido como el emblema de Luis XIV, el poderoso monarca se incomodó. Pero lo más gracioso del caso, según se deduce de los últimos estudios históricos, es que tales medallas no se acuñaron nunca, lo que no impidió, sin embargo, que se declarase la guerra.

EL CASO DEL « MAINE »

¿No hace algunos años que se reprochó el mismo caso?

Como se recordará, en 1897, el acorazado de los Estados Unidos, el *Maine*, anclado en el puerto de la Habana, se iba á pique, destrozado por una espantosa explosión.

No cabía duda alguna. Al punto á donde había llegado la tensión de relaciones entre la Unión americana y España, era evidente un atentado de esta última nación.

Y se hizo la guerra inmediata, una guerra desigual, en la que los navios españoles fueron cazados, echados á pique por la escuadra americana, que dada su inmensa superioridad se entreluvo en hacer ejercicios de tiro.

Remember Maine! repelían continuamente los yanquis á sus hijos: ¡Acordaos del Maine!

Como se sabe, cuando el *Maine* se puso á flote, en 1911, vióse claramente que la explosión no había sido producida en el exterior, sino interiormente, á causa, sin duda, de la descomposición de la pólvora encerrada en el buque, como después ha ocurrido con otros barcos de guerra extranjeros. Pero esto no fué obstáculo para que perdiéramos Cuba, Puerto Rico y Filipinas, pues tuvo que firmarse la paz más que á prisa, temiendo que el bombardeo de los puertos peninsulares, que amenazaron, mostraran al país el malísimo estado de defensa de nuestras costas, que nos exponen aún actualmente á los mayores riesgos y calamidades, en caso de guerra, si no se pone remedio, porque cualquier nación podrá

aniquilar el comercio de la península si tiene unos cuantos barcos á su disposición.

Cuando en 1904 los japoneses, rompiendo con todos los usos del mundo civilizado, echaron á pique los acorazados rusos de Puerto-Arturo, sin que declaración alguna de guerra hubiera precedido á este acto discutible, toda Europa protestó, diciendo que nunca se habían comenzado así las hostilidades...

Mas los japoneses pudieron responder que la guerra de América, durante el reinado de Luis XV, comenzó de la misma manera.

Actualmente, quién sabe, los Estados Unidos, persiguiendo su idea de expansión, tratarán de intervenir en Méjico aprovechando cualquier pretexto, y una parte del territorio pasará á su poder, como pasó la Florida.

Por si alguna duda cupiese en lo relatado á la interpretación que dan los yanquis á esa doctrina, bastará recordar que el ex presidente Taft, siendo ministro de Marina, afirmó que «el límite virtual de los Estados Unidos era el Cabo de Hornos»



EL «POR QUÉ» DE LAS CRUZADAS

En el siglo XII, numerosísimos cristianos acudieron de diversos puntos de Europa para prosternarse ante el Santo Sepulcro. Los turcos, dueños del país, molestaron á los peregrinos. Esta fué la causa de la primera cruzada.



LA ENTREVISTA DE EMS

En la entrevista que el rey de Prusia tuvo en Ems con el embajador francés, acerca de la sucesión de la corona de España, el soberano rechazó sus proposiciones muy cortemente.



EL RAPTO DE ELENA, POR GUIDO (Museo del Louvre)
A este «casus belli» debemos la leyenda homérica. ¡Alabado sea!

Los comentarios sobran.

He aquí otro interesante caso. En el *Memorial de Santa Elena*, Napoleón asienta que ni él ni el emperador de Rusia, Alejandro, querían la guerra en 1812.

La Francia reprochó á Rusia la violación del sistema continental (prohibición de que entraran mercancías inglesas), y Rusia opuso diferentes pretextos; pero en estos mutuos reproches no había motivo alguno para que se declarasen la guerra ambos emperadores, que en parte fué ocasionada por el embajador ruso en París, Romangof, que dió la noticia de que un ejército ruso se dirigía á Varsovia.

Bonaparte no vaciló, y partió inmediatamente con sus tropas; pero, al llegar á la frontera, se detuvo (el detalle es curioso), enviando á M. Lauristón como embajador al emperador de Rusia, que se encontraba en Vilna. Lauristón fué echado

del palacio imperial, y la guerra comenzó.

«He aquí los defectos y la desgracia de mi nueva diplomacia — dijo Napoleón. — Si hubiera tenido un ministro de la aristocracia rancia, un hombre superior, hubiera podido, en la conversación, adivinar que el adversario no tenía deseo alguno de pelear. Puede ser que Talleyrand hubiese estado á la altura de las circunstancias. Pero yo no podía adivinar... En cuanto comencé la campaña cayó la careta. Al cabo de tres ó cuatro días el emperador Alejandro, asombrado de nuestros triunfos, me envió un emisario para decirme que si evacuaba el terreno conquistado y volvía á Niemen, estaba dispuesto á firmar la paz. Mas creí que trataba de engañarme, y continué la guerra. Si hubiese vuelto á Niemen, no hubiera cruzado Alejandro el Duina, y, tratando personalmente, ¡á cuántas buenas combinaciones no hubiéramos llegado!»

EL ABANICAZO DEL DEY

El *casus belli* más conocido en Francia fué el que determinó la guerra con el dey de Argel, y la conquista de este país, durante la Restauración.

Todo cuanto la imaginación de la multitud gusta de encontrar en la justificación de un esfuerzo nacional se hallaba allí, comenzando por la injuria, que los franceses no perdonan.

En este decorado árabe, cuyas originalidades nadie conocía entonces, el pueblo francés entrevió muy bien al diplomático Deval, que vino á saludar al dey Hussein, una tarde de abril de 1827, como acostumbraba. Pero Hussein se interesa en el cobro de una antigua deuda, que Francia tenía con él. Desgraciadamente para el dey y para el sultán de Turquía, de quien era vasallo, el representante de Francia también reclama algo. Pronúncianse palabras molestas y, finalmente, el dey se enfada, y con un espanlamoscas de plumas azota el rostro del consul general de Francia.

Carlos X podía, por esta ofensa, organizar inmediatamente una expedición militar, y no lo hizo. El rey exigió excusas, en cierta forma, pero Hussein se negó á toda reparación, y así pasó este territorio á poder de los franceses, que sin duda bendicieron el abanicazo que les proporcionara tan hermosa colonia.

LA PERFIDIA DE BISMARCK

Los motivos de la guerra en 1864 y 1866, pueden resumirse en algunas palabras.

En 1864 se reunieron los diplomáticos alemanes en Berlín y en Viena, para apoderarse de dos ducados de Dinamarca, Slesvig y Holstein, en donde hubo numerosos tumultos.

En 1866, ya no hay manera de que se pongan de acuerdo acerca de la suerte que los reservaban. Prusia insiste en apoderarse de ellos para sí, y se pone en campaña contra la aliada de la víspera, venciendo en la batalla de Sadowa.

La guerra por los ducados señala el predominio de Bismarck en los consejos de Guillermo I, y busca los medios de apoderarse de tales territorios, uno de los cuales se encuentra admirablemente colocado entre dos mares, con un puerto soberbio, Kiel. Es preciso que Prusia se apodere de él.

Pero se debía tener en cuenta, en 1864,

á la Dieta de Francfort, en la que Austria tenía voz; y la mayor parte de los Estados germánicos se niegan á inmiscuirse en los asuntos del vecino.

Bismarck no tenía que ver nada con esto. Encontró algunos pretextos, como la aversión de los daneses por los alemanes, y bastó. ¡*Casus belli* provisional! Los prusianos se apoderaron de ambos ducados, sin más explicaciones.

Austria, para no quedarse con las manos vacías, hizo algo parecido. El pueblo danés, como se sabe, resistió heroicamente, pero no contaba con bastantes fuerzas y fué vencido.

¿A quién iban á despojar ahora?... Por un asno robado, dos ladrones se pegaban... En el fabulista, una vez más, tiene antecedentes el *casus belli* de 1866.

«Un *condominium* es lo mejor para preparar una guerra entre dos aliados.» El aforismo es de Bismarck. Y en 1866, con procedimientos que espantaron al país, pone en práctica su precepto y busca á Austria querellas fútiles. Los hechos son muy conocidos en Alemania.

Napoleón III, obligado por Bismarck, buscó una escapatoria: la inevitable conferencia. Esta hubiera podido salvar á Austria, pero Viena, orgullosa, no quiso. Entonces, Prusia se apoderó de Holstein, uno de los dos ducados que, por un reciente acuerdo, se había cedido á Austria. ¡*Casus belli*! Austria llamó á los otros Estados alemanes de la Dieta para combatir á Prusia. Se ponen todos de acuerdo. Y la guerra estalla.

Al comienzo, los de Hanover reciben una dura lección, en Langenzalza. Después viene la rapidísima campaña de los prusianos en Bohemia, que duró siete días y terminó en Sadowa.

«Ruego á Vuestra Majestad, escribe el mariscal Benedek á Francisco José, que firme la paz á cualquier precio. Es inevitable una catástrofe.»

Llega el año de 1870, y la astucia de Bismarck hará de las suyas á costa de los franceses. Hoy día se nos aparece de una manera indiscutible, puesto que el mismo culpable, al citar los hechos, se ha alabado de que el telegrama de Ems, causa de la guerra de 1870, fué tan injurioso como la medalla holandesa contra el Rey-Sol.

El telegrama existió, pero los términos en que había sido concebido, falsificados deliberadamente por el canciller, no permitían á Francia negarse á emprender una

guerra tan impacientemente aguardada por Prusia. El 12 de julio, la ridícula candidatura de Hohenzollern al trono de España estaba excluida. Benedetti, no tenía sino elogios para el rey de Prusia, mas Gramont, el ministro de Estado de Napoleón III, se empeñó en pedir garantías. Esto era imprudente. El rey contestó cortésmente que no entraría por tal camino. Y en esto no había ofensa ni intención molesta. Mas, para los que buscan querellas, la manera de dar á conocer esta respuesta á los franceses podía cambiar el aspecto de las cosas. Bismarck, en la mesa, coge el telegrama que un secretario redactó para publicarlo en la *Gaceta de la Alemania del Norte*. Lo modifica y le da forma de un insulto.

He aquí encontrado el *casus belli* que los partidarios de la guerra buscan desde hace algún tiempo en Berlín, para completar la obra brutalmente comenzada en Dinamarca y continuada en Bohemia.

Nunca hemos llegado á explicarnos cómo el Consejo de ministros ni el Cuerpo legislativo ignoró la impostura del ministro prusiano. Mejor informados, puede ser que hubieran rechazado la guerra.

La guerra de Méjico también fué comenzada con un pretexto: la perturbación incesante originada por las revoluciones en los negocios de los súbditos franceses

instalados en el país. Y aún no pasó un año y ya Francia intervenía en América, en el Centro y en el Sur.

La guerra de 1876-97 es el prototipo de la guerra de ardid. Tratábase de vengar, valiéndose de una empresa serbio montegrina, los fracasos de 1854 y 1855, y de correr contra Constantinopla. Era preciso que Rusia se detuviera en San Estefano.

La guerra del Transvaal fué declarada á los boers para que ellos respetaran los pretendidos derechos de los Nollanders, extranjeros instalados en el país. No insistamos.

La guerra de Mandchuria... Tampoco insistamos.

¿Qué valen todos estos pretextos? Nada, por decirlo así. Volvemos siempre á la fábula de La Fontaine. Y, en vez de avanzar, retrocedemos.

Antes, se declaraba la guerra con nobleza, con un pergamino, con heraldos. Ahora, por lo general, no es así, y en plena negociación diplomática el cañón viene á interrumpir los convenios amistables.

Este es el triunfo del sistema llamado japonés.

El *casus belli* ya no es preciso. Flota amenazador en todo y por todos lados.

Creo haber dicho que fué una invención inglesa. Remonta al siglo XVIII, y la lanzó Boscawen sobre los mares.



EL LOBO Y EL CORDERO
Siempre la razón del más fuerte es la mejor



Don Manuel Linares Rivas, que ha estrenado la comedia en tres actos «La fuerza del mal», con muy buen éxito.

EL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA

Doña María de Padilla, drama en tres actos, de don Francisco Villalpando. — *En familia*, comedia en dos actos, de los señores Lusa y Hernández Catá. — *La fuerza del mal*, comedia en tres actos, de don Manuel Linares Rivas. — *La hiedra*, drama en tres actos, de don Eduardo Marquina.

Como en Madrid la población flotante es escasa y la renovación del público se hace con lentitud, las Empresas se procuran una posibilidad de compensación mudando las firmas del cartel con la frecuencia que permita el tiempo. Eso obliga a los autores a una mayor fertilidad y a las compañías a un esfuerzo de estudio que a menudo suelen malograrse, y no cierta-

mente por culpa de los unos y de las otras, sino porque una aritmética impuesta por la fatalidad ha establecido en España una ley que determina que entre cinco obras dramáticas estrenadas solamente prevalezca una en el gusto colectivo. En países de vecindario denso y permanente, en los cuales, además, los contingentes humanos de tránsito son considerables, como ocurre en París, Londres y Berlín, el destino de una obra no depende de un público. El autor arrostra la crítica, ó, mejor dicho, el beneplácito á la reprobación de varias agrupaciones sociales, de gustos diferentes, hasta hallar aquel promedio de aplau-

so que consienta á la obra durar en el cartel. En España no sucede eso. Aquí la noche del estreno, esto es, un solo público, decide del destino de una comedia, sin que al dramaturgo le sea reconocido el recurso de alzada.

De un mes á esta parte se han disputado la aprobación de la muchedumbre tres obras de ciertos vuelos dramáticos, ninguna de las cuales parece anunciar la inmortalidad de su autor: *Doña María de Padilla*, de Francisco Villaspesa; *La fuerza del mal*, de Manuel Linares Rivas, y *La*



Don Eduardo Marquina, autor de «La hiedra».

hiedra, de Eduardo Marquina. Villaspesa es un poeta lírico que ocupa honroso lugar en el grupo de nuestros poetas menores. Su estro no es de los que levantan tempestades en las almas. La musa del autor de *El alcázar de las perlas* ha preferido hasta ahora insinuarse con acentos íntimos, unas veces eróticos y otras sentimentales, á consternarnos con altisonancias que, si son alguna vez caricia para el oído, apenas traspasan generalmente la piel. Esa lírica abigarrada y sonora, como un concierto de pájaros en una fronda tropical, no lograría conmovernos. Salvador Rueda, único superviviente de aquella

escuela, casi no es ya leído por nadie. Su nombre ha venido á ser, por obra del hastío social, la equivalencia de un epíteto de panteón. Villaspesa no está expuesto á ese peligro. Sus versos, entre libertinos y elegíacos, serán leídos siempre por la mocedad, con la predilección con que hemos leído las rimas de Musset y Stecchetti, entre los veinte y treinta años, única época de la vida en que el hombre cae en la falacia de suponer que su corazón es el centro del universo y que sus pasiones son los únicos espectáculos interesantes de la tierra. Villaspesa ha abordado el teatro, no por afición, sino movido por legítimas preocupaciones económicas que yo quisiera verle sacar á flote. La escena es la única forma literaria reproductiva en España. Alentado por el éxito de *El alcázar de las perlas*, el admirable poeta creyó que debía internarse en la historia en busca de un tema dramático. Shakespeare hizo lo mismo. Disto mucho de suponer, sin embargo, que á Villaspesa le moviese el recuerdo del gran dramaturgo inglés. Más modesto en sus aspiraciones, el autor de *Doña María de Padilla* se ha contentado con seguir las huellas de Zorrilla y de Eduardo Marquina, sin remonarse más lejos. Dos escollos debían oponérsele, y en los dos ha dado el poeta de bruces: la impotencia visual y filosófica para ver el pasado histórico, y la desmaña para agrupar seres, concertando con ellos una acción dramática capaz de interesar. En el teatro histórico de Shakespeare podemos observar: Primero, una cierta fidelidad colorista al natural, que nos permite vivir en el ambiente social en que se localiza el conflicto dramático; segundo, que los personajes son criaturas descendientes de Adán, que nos revelan con palabras las vicisitudes de su vida interior. En suma: nos interesan doblemente por su encarnadura humana y porque al través de sus acciones y movimientos vemos toda una época. En España Zorrilla, sin rivalizar, ni mucho menos, con Shakespeare, por la penetración psicológica — cualidad que, dicho sea de pasada, no tuvo nunca el autor de *Granada*, — acierta á evocar, en ocasiones, la temperatura espiritual de un tiempo. En ciertas obras del gran poeta asistimos á la resurrección de una Castilla que satisface, sin saber por qué, nuestros prejuicios de raza. Eso nos ocurre cuando leemos ó vemos en escena *El eco del torrente*. El

molino de Guadalajara, *Tratdor, inconfeso y mártir* y *El zapatero y el rey*. Las pasiones de los personajes, su diamantina dureza de carácter, la interpretación que dan á la vida, su fanatismo religioso, su énfasis en la palabra, su gallardía, todo lo que hacen y dicen, nos suena, sin que nos expliquemos por qué, á realidad, ó, por lo menos, á verosimilitud. *Doña María de Padilla*, por el contrario, nos mantiene ausentes de la época de don Pedro el Cruel, y á mucha distancia de lo que ocurría en torno suyo. El dramaturgo no ha tenido el acierto de reconstruir el tipo central de la obra, con episodios de su vida, ni de hacer que llegase hasta nosotros el eco social de aquel tiempo. Por la bárbara complejidad de su alma, don Pedro el Cruel es una figura Shakespiriana. Su violencia erótica, su astucia, su fría saña para el crimen, su desdén de los más sagrados vínculos de la consanguinidad, nos lo revelan como un monstruo. Para reanimar aquella personalidad en la escena no basta con darse un paseo al través de la *Crónica* de Pero López de Ayala, que es todo lo que á la cuenta ha hecho el señor Villaspesa. Era menester retroceder espiritualmente á aquella época, documentarse con paciencia, convivir con don Pedro á solas largo tiempo hasta dominar su tumultuosa psicología, y luego ponerse á trabajar. Todavía, cuando un autor dramático es fiel á la vida, cuando lo subordina todo á la ruda exposición del natural, tiene derecho á deformar la historia; pero, lo inadmisiblemente es que el dramaturgo se contente con adormecer nuestra atención con la música de las rimas. El señor Villaspesa es, como dramaturgo, poco ambicioso, puesto que se ha dado por satisfecho dejándonos oír unas cuantas estrofas. Su obra, por lo frágil, ha pasado del cartel de la Princesa á la indiferencia de los hombres en menos de quince días.

En familia es la primera y afortunada tentativa escénica que realizaron dos escritores jóvenes de talento: Alberto Insúa y Alfonso Hernández Catá. Es un cuadro de costumbres gallegas, en el cual, más se atiende á conquistar al público por la definición psicológica de los caracteres, que por el interés de la acción. Esta se reduce al regreso de un joven que se expatrió temprano del terruño natal y vuelve

rico. En torno de ese episodio giran los sentimientos de la familia del muchacho, compuesta de diversos ejemplares á cual más pintorescos. Todos ellos nos dejan ver sus egoísmos, sus pasiones, en lo que tienen de noble y de mezquino, con la transparencia con que vemos los guijarros asomándonos á un arroyo de aldea. La habilidad de los señores Insúa y Catá ha estado en que, sin alejarse mucho de la realidad cotidiana, han combinado los hechos de modo que interesen, asociando la ternura al humorismo y haciendo que lo patético y lo irónico se den lo mano. No aspiraban á más los dos brillantes escritores, á quienes, por otra parte, el público de Lara dispensó una acogida, que, por lo caluroso, debe alentarles á acometer más altas empresas.

La fuerza del mal parece un título usurpado á una novela de Augusto Strimberg. El suponerlo, sin embargo, sería prohibir una falsedad. *La fuerza del mal* es una comedia original del señor Linares Rivas, en la que campean el ingenio y la donosura á que nos tiene habituados el ilustre dramaturgo, aunque la obra quiere ser la exposición de un problema de sensibilidad y de conciencia; ó el dramaturgo no lo ha planteado claramente, ó el público no lo ha visto. El banquero don Justo es un amasador de oro, indiferente á todos los estímulos de la vida que no tengan su equivalencia en numerario. Sin ser precisamente un avaro, el dinero es su obsesión. En torno suyo todo respira bienestar y lujo, síntomas externos de la opulencia. La mujer y las hijas de don Justo no se quejan de la tacañería del jefe de la familia. De lo que se duelen es de su carácter huraño, recogido é impenetrable. La señora del banquero es un ser sin voluntad. Sus hijas, Candelaria y Asunción, dos criaturas encantadoras que sólo sueñan con casarse, la primera con un aristócrata tronado, que es un calavera muy gracioso, y la segunda con un muchacho de no vulgares hechuras, serio, bien educado y ordenadito. El banquero contraría aquellos amores, sin dejarnos adivinar siquiera por qué. Es la obstinación ciega y dura de muchos padres á ceder ante el ruego del yerno futuro; resistencia humana y excusable del hombre á desprenderse de una hija que va á cambiar la dulcedumbre del hogar

por los azares de lo desconocido. Pero, en esto, se entera el banquero de que su hija ha ido una vez, de lapadillas, al estudio de su novio, y sospechando que allí ha pasado algo, que quizás pudiera ser irreparable, consiente en la boda. El que no cedía a la presión del amor, que es el bien, ha cedido a la fuerza de la deshonra, que es el mal. A pesar de todo, don Justo ha calumniado a su hija. Ciertamente Candelaria estuvo en el estudio de su novio; pero no es menos verdad que en la entrevista no pasó nada deshonesto. Puestas en claro las cosas, por una confesión de la muchacha, el padre, que ya no está desvelado por la sospecha de la deshonra, retira su consentimiento a la concertada boda. Entonces Candelaria, sin poder reprimir un movimiento de rebeldía, huye del hogar. Poco después, el banquero, rendido al peso de la realidad, absuelve a la culpable y consiente las dos bodas. Para acentuar el carácter de la tesis ó, mejor dicho, del problema, que reducido al caso de Candelaria con su novio, pecaría de enteco, el señor Linares Rivas ha injertado en la acción un episodio ó un juicio intempestivo que tiende a probar que don Justo no se rinde más que a la fuerza del mal. Es un anciano empleado, despedido de la casa por inútil, el cual, luego de suplicar en vano a su antiguo patrón, que no le abandone, concluye por recurrir, como medida suprema, al *chantage* para sacar adelante su subsistencia y la de su vieja compañera de hogar. Don Justo, que no se doblegó al ruego, se inclina ante la amenaza. Decididamente, el hombre no obedece más que a la fuerza del mal. Esa visión, deliberadamente pesimista de la vida, no ha satisfecho al público. Si la comedia se ha salvado, no obstante los reparos de los espectadores y de la crítica, ha sido por que el señor Linares Rivas ha atenuado la rigidez de la tesis, adicionando a la acción una respetable cantidad de ingenio. No ha sido otro el secreto del brillante éxito de *La fuerza del mal*.

Las evasiones de Eduardo Marquina del teatro histórico, no han sido, hasta ahora, afortunadas. Ni *El pastor*, ni *La dama de los rosales*, ni *La hiedra*, son obras de las que se perpetúan en el recuerdo del público. Aunque los éxitos que han asegurado la longevidad literaria de

Las hijas del Cid, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Doña María la Brava* son para envanecer a un poeta, Eduardo Marquina no quiere confinarse en un género dramático, destinado a tener muy pasajera boga. Lo retrospectivo, aun en pueblos tan influidos como el nuestro por el espíritu de la tradición, inspira escaso interés. La gente se apasiona por lo contemporáneo, por lo que transcurre en el área social de su vivir. De teatro histórico no hay más que un elemento que prenda en la sensibilidad del público: el verso. Désele un tema cualquiera del pasado, en prosa, y volverá con tedio la espalda a la escena. Hombre de talento y de sentido práctico, Eduardo Marquina se ha enterado hace ya tiempo de esas realidades y procura ajustarse a ellas. Por eso alterna los temas actuales con los grandes motivos dramáticos de la historia en el teatro. En la temporada que está caducando, no ha tenido el ilustre poeta la fortuna de reconciliarse con el éxito. *El retablo de Agrellano* primero, y *La hiedra* después, sin ser dos fracasos precisamente, no han hallado aquel asentimiento de la sensibilidad de la multitud que se traduce en decoro literario y en dinero para al dramaturgo. En *La hiedra* ha pretendido remozar el señor Marquina la escuela de Echega-



Francisco Villaespesa, autor de «Doña María de Padilla».

ray, y el intento se ha frustrado. El hecho de que un padre castigue con la muerte el adulterio de la hija, mientras el esposo ofendido se contenta razonablemente con la separación conyugal, no ha convencido a nadie. Todavía el desquite sangriento del marido hubiera parecido excusable como sanción de la culpa, dados los pre-

juicios de raza que fermentan en el bajo pueblo español. Lo otro, el crimen del padre, ha parecido monstruoso y absurdo. Ese disentimiento sentimental entre el público y el dramaturgo, explica el que *La hiedra* no haya vivido en el cartel sino una semana.

MANUEL BUENO.



Don Alberto Insúa, que, juntamente con el escritor Fernández Calá, ha obtenido un buen éxito con su comedia « En familia ».



MODELOS VISTOS EN LAS
CARRERAS

“Le Chic”

Cartas de una Parisiense

por SIMONE

Este vestido era descolado, y las mangas, bastante largas, ocultaban parte de las manos. El cuerpo, ligeramente drapeado, estaba espléndidamente adornado con brillantes, que lo cerraban. El velo, colocado a la antigua, estaba sujeto por una diadema de brillantes que surcaba la frente. En sus manos desnudas llevaba lirios y rosas naturales, y el conjunto era de una gracia casta y grave, al mismo tiempo que de un gusto exquisito, y no me cansaré de recomendarlo a aquellas que ya estén pedidas.

Entre las señoritas de honor y la invitadas, mujeres ó niños, algunas bodas realizan una armonía deliciosa de colores y líneas. Un lindo vestido de tafetán cereza con volantes era muy corto, dejando ver el pie y avalorando los zapatitos de tisú adornados con un broche de *strass* y las medias de seda adornadas con cerezas.

Completaba el atavío los guantes largos y una toca de *alencón* negro, tan vaporosa que se hubiera dicho inmateral, cayendo hasta el suelo como las capas de los oficiales italianos. A esto tiende esta moda primaveral que hace soñar á las mujeres curiosas y ávidas de novedades.

Los vestidos para las grandes ceremonias son de una gran sencillez y sólo la riqueza de la tela dan idea de la esplendidez del conjunto. Me he fijado, entre otros, en uno de tul con aplicaciones de *strass*, de un dibujo tan ajustado como el de un *brocard*. Muchos vestidos están formados por volantes superpuestos, y el cuerpo es una verdadera nube de tul adornado con las joyas que ahora empiezan á llevarse otra vez.

EN París, las ceremonias de una boda son verdaderos *evens* de la elegancia para los invitados, así es que he recogido para vosotras, mis queridas lectoras, invitaciones para casamientos mundanos, y entre toda la floración de *toilettes* nuevas y lindas, los modelos que me han parecido más dignos de que les concedáis vuestra atención. En medio del brillo de múltiples *toilettes*, verdadero encanto de la vista, se destacan algunos vestidos más lindos aún, como preciosas joyas en medio de una colección de maravillosa riqueza.

En primer lugar, el más lindo traje de novia era una falda vaporosa de paño de plata, drapeada con un soberbio y esplendoroso punto de Flandes.



(fig. 1)

adorno de los vestidos y sombreros es una tendencia que se observa recientemente.

Debo haceros notar un vestido (fig. 1.^a), de muselina violeta con una sobrefalda formada por pequeños volantes.

La falda termina por delante en ondas abiertas adornando el canto una piel blanca. El cuerpo — del que se puede decir que no tiene forma porque es una nube de muselina — deja los brazos al descubierto.

Otro vestido (fig. 2) de tafetán fino color marrón es muy *chic*. El pequeño bolero con el cuello Robespierre termina abullonado, tapando la blusa de muselina blanca sujeta por el drapeado de la cintura.

Un frunce hueco formando *panier* cae sobre un segundo cinturón que sujeta las caderas y se anuda detrás. Una toca, tam-

bién de tafetán marrón, un poco rojo, armoniza con los rubios y ondulantes cabellos. Un ramo de rosas pálidas pone una nota primaveral en esta *toilette*.

Entre los trajes de hechura de sastre, uno de los más encantadores es de sergá marina con rayas gruesas, que se llevará pronto.

La blusa está cruzada por delante sobre un chaletco Luis XVI, hecho de finos encajes superpuestos.

Un cinturón de tafetán escocés rodea la blusa y se anuda sobre una falda estrecha. Ésta forma túnica bajo el cinturón, y después *panier* en disminución hacia abajo. Para las jóvenes, he aquí algunas ideas :

En primer lugar, un traje de seda rosa. La falda está formada por una ancha cinta de *liberty* formando triple volante. Las mangas están adornadas



(FIG. 2.)

con plisados de *valenciennes*.

La novedad de este modelo consiste en el empleo de la cinta como tejido resis-



En la Côte d'Azur se ha celebrado la batalla de flores que tiene lugar todos los años.

lente. La rubia muchachita que lleve este vestido, debe ir locada con un sombrero de paja de Italia adornado con la misma cinta. Dos bridas de terciopelo negro se anudan en el cuello y se sujetan con dos rosas gemelas de perlas.

Todos estos vestidos para las jóvenes, deben darles una gracia fresca y encantadora. La Moda gusta no poco de vestir

á la juventud, é pesar de que una gracia madura no deje de tener sus encantos.

La Moda, aunque á todo el mundo puede adaptarse, es siempre joven; por eso suele elegir entre la juventud sus más bellos heraldos. Y por eso, también, es la primavera su estación favorita...

SIMONE





Ensalada

de por de

LUIS BONAFOUX



De la sala Berthelot si que puede decirse que era un lleno en la noche del 13 del corriente. ¡Como que había público hasta en el vestíbulo! Allí estaban nuestras personalidades portuguesas, presididas por el ministro de la joven república en París; la intelectualidad portuguesa y una representación maravillosa de damas portuguesas que, á más de intelectuales, eran muy guapas, blancas y carnosas, lo que nunca está de más en una fiesta, por intelectual que sea. Leal da Camara, el célebre caricaturista de *L'assiette de beurre*, iba á hablar sobre el arte del reir y sobre el arte del pensamiento.

Y habló bien, con ingenio, elegancia y espontaneidad, defendiendo la caricatura, la jocosidad, el humorismo, de quien ha dicho un compañero de él que es algo así como el *amer-cítron*. Según Camara, la caricatura es al arte lo que el libelo á la literatura. Protestó contra la tendencia de no tomarse en serio á los artistas y escritores que cultivan la nota festiva. « Reir, dijo, ya es algo; hacer reir á los otros es obra de caridad. » Y á seguida emprendióla, entre risas, con la seriedad de Bergson. En su requisitoria contra el flamante filósofo, no llegó á emular á la *Gaceta de Colonia* cuando dijo del público de Bergson que se compone de « mundanas, semimundanas, extranjeros, calvos, hirsutos, y de toda una casa de fieras: monos, ganosos, vacas, burros, carneros, camellos, pavos, gusanos, pajaros, ganado y *snoobs*; y que la sala, donde los unos sudan y los otros transpiran, apesta. » Pero me parece que el caricaturista portugués tiene al filósofo francés por un *fumiste* solemne.

Camara, que en las colonias española y

portuguesa, era de los que más y mejor manejaban la lengua de Voltaire, en los tres años que acaba de pasar en Lisboa ha perdido algo de la soltura que tenía y ha recobrado, en cambio, un terrible acento de Magalhaes Lima; y el busto de Voltaire, frente al conferenciante, sonreía de vez en cuando. Pero, al fin, calentándosele la boca, estuvo fácil de palabra y ocurrente de imágenes al explicar, con proyecciones luminosas, el sentido de caricaturas egipcias, de estatuillas fenicias, de obras humorísticas griegas y romanas, de iluminaciones artísticas de la Edad Media, de caricaturas de Leonardo de Vinci, Alberto Durero, Holbein, Rabelais, de dibujos de Hogarth y de Rowlandson, de aguas fuertes de Goya, de litografías de Daumier y Gavarin, de trabajos de Gustavo Doré, de dibujos de Forain, Caran d'Ache, Hermann Paul, Steinlen, Abel Faivre, Leandre, Metivet, Poulbot, etc., etc. Y cuando el luminico destacó lienzos de Sancha, el artista portugués tuvo un aplauso fervido para el artista español y una lágrima furtiva para el compañero ausente...

Entusiasta yo, como el que más, de lo mucho bueno que Francia tiene, no comparto la opinión de Camara sobre la supremacía del arte francés con relación al arte español. En pintura, los autores españoles están cien codos sobre el nivel de los franceses. La intelectualidad española, á mi juicio, rinde exagerado tributo á la intelectualidad francesa; y con tal motivo la crítica parisiense se pone muchos moños cuando vuelve la cabeza hacia los Pirineos.

A la vista tengo una Revista parisiense que juzga despreciativamente á la Prensa

española; y aunque me incluye entre los periodistas elogiados por ella, no puedo menos de decir que muchos de los cargos que hace á los periódicos de España son perfectamente aplicables á los periódicos de Francia, cuya Prensa — en la innegable decadencia literaria, tal vez pasajera, de este país — tampoco es cosa del otro jueves, resultando, los más de los días, aguanosa, rutinaria y chocha. Como articulistas, hay que citar á Clémenceau y Maret — verdaderos *reaparecidos del otro mundo*, que todavía, á pesar de sus años, hacen tilín, — Gohier, Sembat, Cassagnac, Berenger, no siempre á Severine, algunas veces á Bailby... ¿Cronistas? ¡Cero!

Esta Prensa no es sombra de lo que fué en tiempo de los Ranc, Arene, Schole, Rochefort, Cornely, Harduin, Fouquier, Becque, Lepelletier inclusive, entre otros; y aunque la aludida Revista asevera que

«Cataluña es un pedazo de Europa perdido en tierra de Africa», no podemos aceptar lecciones de quienes tienen mucho que aprender y de una Prensa que, si informativamente ha ganado bastante — aunque inferior en información á la inglesa y norteamericana, — en todo lo demás, en el encantador *esprit* francés principalmente, ha perdido muchísimo.

...No me arrego el derecho de hablar en nombre de mis compañeros. Hablo por mi solito, porque en mi labor, ó en mi género, como diría un catalán, no sólo no me considero inferior á ningún periodista francés — por lo que jamás les rendí homenaje ni les bailé el agua, — sino que por superior me tengo; y si puedo equivocarme en esta apreciación, seguramente no al asegurar, con testimonios fehacientes de las gacetas de «ambos hemisferios», que soy más copiado y más leído que todos ellos.

LUIS BONAFOUX.

Los Hispano-Americanos en París

♦ ♦ ♦

HOTEL PLAZA

Han llegado:

Sres. George A. White, de Nueva York; miss Neill, de Worcester; señora Maria Vaeza de Busto, y familia, de Montevideo.

ELYSÉE PALACE HOTEL (Champs Elysées)

Han llegado de Buenos Aires:

Sr. y señora Ed. Bellocq, señora María P. de Dybowski, señora María Luisa de Dybowski, Sr. J. Senillosa, Sr. R. Vidal Molina, Sr. Guillermo Padilla, Sr. y señora César de Borbón, Sres. Santiago y Pa-

blo Elizagaray, Sr. y señorita de Igarzábal, señor Martín M. Llavallo, Sr. Ricardo Aldao, Sr. José M. Escalier.

Sr. Baltilana Zacharias, de Paraguay; señora Emilie Frais de Arning y familia, Sr. y señora Jayme Cintra, de São Paulo.

BALTIMORE HOTEL 88 bis, Avenue Kléber

Han llegado:

Sr. y señora Restrepo Plata y familia, de Caracas; Sr. y señora Sola, de Buenos Aires; Sr. y señora J. Estanol y familia, de México.





CHARLA CIENTÍFICA

YA tenemos el primer motor de radio; es decir, una modestísima base de utilización de ese inmenso depósito de energía casi milagroso. Un ingeniero francés ha construido un aparato en el cual la emanación del radio descompone el agua contenida en un tubo. El oxígeno y el hidrógeno, producto de esta descomposición se mezclan en la parte superior de este tubo. Una chispa eléctrica los vuelve a combinar y la explosión producida por la reconstitución del agua, lanza una corriente de aire sobre una rueda de papel, la cual se pone en movimiento.

Como se ve, este motor todavía está muy lejos de las máquinas poderosas que emplea actualmente la industria; pero es un paso hacia adelante, pues representa una utilización continua de una de las propiedades del radio, que tantas y tan notables tiene.

Y como la energía del radio es prácticamente inagotable, pues los cálculos más pesimistas estiman su duración en más de mil años, tendremos resuelto con ello el problema del movimiento continuo, cuya resolución ha sido la manía de todos los inventores.

El día en que se encuentre el radio en abundancia, aunque no fuese más que con la misma que el oro, las condiciones de vida de la humanidad habrán cambiado por completo. Ya no hará falta carbón y hasta los saltos de agua nos parecerán indignos de aprovechamiento. Con un kilogramo de radio se obtendrá una fuerza de más de mil caballos, sin gastar casi nada en maquinaria.

¿Cómo serán las máquinas de radio? Difícil es preverlo; pero de seguro que han de ser muy diferentes de todas cuan-

tas conocemos. Entonces se volará sin necesidad de pesados motores ni provisión de esencia, y la travesía de los mares será un juego para los aviadores. Grandes aeroplanos serán cargados de pasajeros, y varios maquinistas se relevarán como en los trenes. Estos, á su vez, circularán arrastrados por locomotoras silenciosas que en nada se asemejarán, seguramente, á las actuales. Los buques, aligerados de carbón, y con un radio de marcha ilimitado, abaratarán los transportes de un modo extraordinario. En una palabra, la vida será infinitamente más barata y la felicidad material alcanzará su apogeo.

De desear es que esta generación, que ha sido la descubridora del radio, sea la primera en aprovechar sus beneficios.

Otro descubrimiento muy importante conviene señalar. Un médico de Newcastle, cuyo nombre desconozco, ha encontrado (según se dice, por casualidad) el medio de curar radicalmente el envenenamiento por el plomo. Sabido es que el saturnismo produce cada año innumerables víctimas, no sólo por su acción directa sobre la célula nerviosa, sino porque su efecto debilitante predispone á la tuberculosis. Pintores, tipógrafos, fundidores y mineros, pagan ruda contribución al saturnismo.

El descubrimiento, cuya eficacia ha sido comprobada por el toxicólogo inglés Tomás Oliver, consiste en someter á los enfermos á un baño eléctrico. Basta sumergir al enfermo en una bañera llena de una solución salina, en la que se pone el electrodo negativo del generador eléctrico, y aplicar al paciente el electrodo positivo. Se opera entonces una verdadera electrolisis y el plomo es eliminado del organismo, disolviéndose en el agua del baño. Dos aplicaciones bastan para efectuar una limpieza completa del terrible metal, sin que se produzca el menor trastorno en la economía de los individuos sometidos al tratamiento.

HERMES.

el gran mundo



Capítulo de bodas en Buenos Aires:

Se han verificado las siguientes:

De la Srta. Ida Muñoz del Solar con el Dr. Arturo Oscar Ferrand, siendo padrinos dona Lucila del Solar de Muñoz y el Dr. Arturo Ferrand.

De la Srta. Ana María Browen con D. Domingo Martínez Quintana, fueron padrinos doña María P. de Martínez Quintana y D. Arturo Coria.

De la Srta. Italia Scarpelli con D. Juan Antonio Ibáñez.

De la Srta. Aida Elvira Iglesias con D. Ramón Barrenechea.

De la señorita Mercedes Videla Quiroga con el mayor Napoleón R. Vera, ceremonia de la que fueron padrinos dona Mercedes Quiroga de Videla y D. Nicolás D. Caravia.

De la señorita Lía Arminda Lalarine con D. Fausto A. Delgado. Actuaron como testigos el doctor Héctor A. Burgos, D. Clein Santa Coloma, José María Gugliotti y Jorge Rojo.

Se han concertado las siguientes:

De la señorita Georgina Coll con el Dr. Luis M. Echevarría;

De la Srta. Carolina Loert con el ingeniero José Carniglia;

De la Srta. Sara de la Serna Argerich con el ingeniero Carlos Meaurio;

De la Srta. Josefina Langdon con D. Calvino Barker, siendo padrinos doña Josefa Bravo de Langdon y D. Calvino Barker.

De la Srta. Beatriz Salinet con D. Dionisio Barthes. Para julio próximo se ha fijado el de la Srta. Mercedes Bunge con don Angel Vega Olmos;

De la Srta. María Isabel Quesada con D. Julio Calvo, siendo padrinos doña Isabel Méndez de Quesada y D. Ernesto Calvo.

♦♦♦♦♦

Las recepciones, bailes y banquetes continúan á la orden del día en Madrid.

Ha tenido lugar en la Legación de Chile un espléndido banquete en honor del periodista y literato chileno D. Carlos Solís Vildósola.

A la mesa, artísticamente adornada, se sentaron el ministro chileno y la señora de Larraín Alcalde, además de su linda hija Adriana, digna representación de la belleza chilena; el Sr. Catarella, secretario de la Academia Española; Sr. Labra, presidente del Ateneo; el coronel chileno D. Roberto Dávila Raza; el secretario de la Legación D. F. Echaurren; el notable historiador D. Rafael Altamira; los dramaturgos Eduardo Marquina y Joaquín Álvarez Quintero; el marqués de Valdeiglesias; el agregado D. C. A. de la Rivera; y el Sr. Halphen.

♦♦♦♦♦

Ha regresado a París, procedente de Suiza, la señora de Bárcenas.

El domingo pasado tuvo lugar en la Legación de Chile en Madrid el banquete con que el representante de aquella República, Sr. Larraín Alcalde, obsequia, como despedida, al marqués de González, nuevo ministro de España en Chile, que el próximo lunes emprenderá su viaje a América para tomar posesión de su puesto.

♦♦♦♦♦

En París ha fallecido la señora viuda de Martínez de Hoz, née de Montreuil.

♦♦♦♦♦

Ha fallecido el señor César Augusto Saguier, caballero extensamente vinculado en la colonia argentina de esta capital. Sus funerales se han celebrado en la iglesia Saint Honoré d'Eylau, y entre los concurrentes recordamos a los señores de Olázabal, que representaban a la familia, y á los Sres. Carlos A. Zavalia, primer secretario de la Legación Argentina; Sres. de Bernberg; de Carabassa; de Alvear; de la Nave; de Doningos, de Hueyo; Carlos Concha, Condesa R. de Reinach, Sra. Mercedes E. de Alvear Sres. A. Braga, Ramón V. Caballero, Atucha, Juan Larivière, Pierre del Valle y otros.

♦♦♦♦♦

Se anuncia la próxima llegada á Europa de don Adolfo Labougle y su esposa, doña Luisa Carranza; para fin de abril, doña Rosario M. de Doncel y la Srta. Dolia Doncel; para los primeros días de mayo, el ingeniero Adolfo J. Serantes y familia y la señora Laura Saenz Valiente de Bosch.

♦♦♦♦♦

Entre los distinguidos viajeros cuya llegada se anuncia de Buenos Aires, notamos al Dr. Manuel López Bancelari y su esposa, doña María Enriqueta Clerice, Carlos M. Luzuriaga y familia, Alberto R. Matienzo, el Dr. Ricardo Aldao, Don Rodolfo Vidal y Alejandro Velázquez.

♦♦♦♦♦

Ayer, como de costumbre, se celebró la recepción de los viernes en la Embajada de Italia. Distinguidas personas de la aristocracia y el Cuerpo diplomático fueron á saludar á los condes Bonin Longare, que tantas simpatías han logrado crearse en Madrid. Mucho ha influido el Comité que preside en Madrid el duque de Bibona, y cuya repercusión en Roma no ha tardado en manifestarse, para la cordialidad de relaciones entre España é Italia, que antagonismos políticos antiguos tenían un tanto distanciadas. Y al logro de tan útil propaganda han puesto de su parte lo mucho que han podido el actual embajador de aquel hermoso país y la condesa Bonin Longare.



El Secreto de la Momia

per

Jorge MEIRS



Los bandidos estaban aterrorizados ante las precauciones tomadas por el «detective». El menor ruido podía causar su pérdida inmediata.

De un modo estúpido, al llamarlos el anciano que les había enviado el maestra sala, se habían metido en la ralonera cuyo apetitoso cebo era William Tharps.

Acudieron con la esperanza de deshacerse de aquel estorbo; á la sazón era él quien los tenía cogidos. Aprelaban los puños rabiosamente sin atravesarse á cometer un acto de violencia que podía perderlos.

El célebre «detective» había arriesgado un juego peligroso, cuyo éxito le aseguraba su audacia, su calma y su sangre fría.

— Son las cuatro y cuarto — dijo fríamente; — si dentro de diez minutos no he salido de aquí indemne, nada podré ya por ustedes.

El hércules interrogó á sus compañeros con la mirada.

— Puede usted salir — dijo — no se le tocará.

— Muy bien, Carlos Moré — contestó William Tharps; — pero no quiero salir solo.

— ¿Quién le ha dicho mi nombre?

— Me ha baslado, para conocerlo, adivinar su profesión. ¿Qué dificultad hay

en descubrir el nombre de un *chauffeur* cuyas señas se conocen?

— ¿Mi profesión?

— Una ojeada sobre las huellas dejadas por sus suelas me la ha revelado, lo mismo que mi olfato me permite reconocer en el amigo que se oculta detrás de usted al mozo de fonda que últimamente, inyectaba un narcótico vegetal al joven Jacobo de Raizet, su momentáneo cliente. No fume tabaco indio, porque su olor es demasiado intenso.

Miráronse los dos hombres; sus manos febriles se crispaban en el vacío.

— En cuanto á su tercer acólito — dijo señalándolo — sólo puede ser Juan Camet.

Y como no protestara el hombre, añadió:

— Antes de desmentirme debía usted de haber quitado á sus amigos la costumbre de consultarle á cada instante con la mirada y de utilizar á cada paso su verdadero nombre, y, sobre todo, no usar esa sortija que lleva en la mano derecha y cuyo doble ejemplar he podido ver á mi cliente, el señor de Raizet.

William Tharps lo veía todo. Observaba, deducía, practicaba tan intensa labor como si hubiese estado en su casa, tendido en su diván.

Los mismos bandidos admiraban, á pesar de ser las víctimas, su maestría y el incomparable poder de deducción que constituía su fuerza. Se apartaron.

— Puede usted salir, caballero.

— No — dijo Tharps, — repito que no saldré solo. Me acompañará Camet.

Hubo un momento de vacilación.

— Eso es imposible — dijo Luis.

— Irán todos ustedes á la cárcel — advirtió el «detective», y sacó su reloj.

— Cuatro minutos veintitrés...

En el instante de mirar la hora, el maestresala saltó sobre el cuchillo en mano.

Rápidamente, Tharps desvió el golpe con el brazo izquierdo, mientras que con la mano derecha daba un formidable puñetazo á su adversario.

Este rodó por tierra; pero se habían precipitado sus amigos.

De un puntapié en la mesa, el «detective» la tiró al suelo, así como la lámpara. Habiéndose roto ésta, se esparció el petróleo y se inflamó.

Durante el corto rato de obscuridad que habia precedido á aquella inesperada iluminación, Tharps cogió al viejo, que se agitaba á su lado y, levantándole, lo utilizó de rodela para parar los golpes de los bandidos, quienes no se atrevieron á disparar un tiro temiendo la intervención de los agentes.

Las llamas del petróleo los alejó de la puerta. De un salto, después de arrojarles á los brazos su carga humana, Tharps salvó la hoguera y escapó.

Entonces, cogiendo su *Wlebey*, disparó al aire tres tiros rápidos; cinco agentes, revólver en mano, acudieron en seguida. Cogieron en la ventana á Juan Camel y al mozo de la fonda; detrás de una puerta se apoderaron del viejo; pero tuvieron que sostener un sitio en regla para apoderarse del hércules á quien el fuego que iba creciendo obligó á capitular.

El maestresala, causa de todo aquel barullo pudo — según su plan — desaparecer aprovechándose de la confusión.

VII

Matar dos pájaros de un tiro

La primera entrevista de Willian Tharps y del falso Luciano Roux en el despacho del señor Chesnel, juez de instrucción encargado del asunto, confirmó del modo más absoluto las deducciones del célebre «detective».

Aquel hombre era, en efecto, corresponsal en Marsella de la agencia parisiense *Violeta*, y quien habia echado en el correo de dicha ciudad la carta que el ayuda de cámara del difunto Victoriano de Raizet dirigía al hijo de su antiguo amo.

El también, á instancia de Juan Camel, y para ganarse unos luses, la hizo recoger por un empleado cómplice en el correo que salía para París.

Abierta la carta, Camel sufrió una decepción. Esperaba encontrar en ella indicaciones útiles para el objeto que perseguía, objeto que Roux conoció más

tarde. Después de reflexionarlo, fué expedida á su destinatario.

A una pregunta hecha por el juez á petición del «detective», Roux contestó que la carta estuvo durante muchos días en su bolsillo, sin que pudiera decidirse á entregarla á Camel. Fué precisa la circunstancia desgraciada de un apuro de dinero para que sucumbiera: á contar de aquel momento, confió en Juan Camel para que cuidara de un porvenir que éste presagiaba excelente.

En estas condiciones llegó á París, en donde prestó algunos servicios á los cómplices. Sabía vagamente que Camel no pudo conseguir una herencia que pretendía recuperar y nada más. Su papel se limitaba á guardar en su casa una caja enorme que el maestresala, el *chauffeur* Moré y otro compañero habían traído una noche y colocado en la cueva de su casa.

Luciano Roux — á quien seguiré designando así para mayor claridad — contó al magistrado su entrevista con Marmont, cuando éste último, después de requerir á los agentes del señor Dumont para apartar á sus antiguos cómplices, fué á su casa. El célebre aventurero sabia que la momia, objeto de su codicia, se hallaba en la casa donde vivía Roux, y, siendo éste su guardián, supuso que podría fácilmente adquirir por él útiles informes. Por eso no tuvo límites su furor cuando Roux le confesó sinceramente que no sabia nada de Clelia Clesifa.

Creyó que fingía y le obligó, bajo las peores amenazas, á acompañarle á la cueva en donde repitió sus preguntas obteniendo el mismo resultado. Entonces se desarrolló una escena terrible, durante la cual el antiguo empleado de la agencia *Violeta* amenazó con pedir socorro. Ludovico Marmont pareció calmarse y pidió á su compañero que le ayudase á abrir la caja. Como éste se negara, se sintió de pronto cogido por detrás, mientras le aplicaban un tapón de cloroformo. Se desvaneció y despertó en presencia de Asselin y de la portera.

Fácil era imaginar — y fué un juego para mi amigo — los esfuerzos de Marmont para abrir la caja que guardaba la momia, su rabia al no conseguirlo á falta de instrumentos suficientes y su partida poco antes de la hora en que, presentándose como inspector de Seguridad gracias á las tarjetas que robaba en el despacho del señor Dumont, habia telefoneado á éste desde la Embajada de Austria.

Antes de salir del inmueble de la avenida de la República, donde habia de intentar al día siguiente una nueva visita y, bajo el disfraz de un obrero cerrajero, engañaba al mismo Asselin, Marmont cuidó de inyectar á su víctima una dosis de x-

atracto de beleño suficiente para dormirla hasta su regreso, y la había encerrado luego en el baúl donde fué descubierta.

Del interrogatorio de Luciano Roux, así como de la rápida investigación practicada por Tharps acerca de su papel en el asunto, resultó que aquél sólo era un cómplice de última fila.

El ilustre «detective», que á su regreso de la Audiencia me había contado los rápidos detalles que acabo de referir, aprovechó la ocasión para rendir nuevo homenaje á la habilidad de Ludovico Marmont.

Yo observé que haber sabido distinguir la momia de la esposa de Faraón entre los numerosos objetos y múltiples naderías que coleccionaba Victoriano de Raizet, demostraba un olfato nada común.

— Eso era muy fácil.

— ¿Fácil?

— Usted lo hubiera adivinado.

— Gracias — dije un poco molesto por la broma.

— Lo hubiese adivinado sí, como hizo Ludovico Marmont, se hubiese informado previamente del inventario de los objetos que poseía el señor de Raizet cuando murió.

Hubiese querido tomar una actitud indiferente para demostrar á mi amigo mi disgusto por su humorada; pero pudo más mi curiosidad. La singular visita de Bills á Tharps había tenido por único objeto — lo recordé yo — robar aquella lista. ¿Qué interés tenía para el aventurero?

Lo pregunté al «detective».

— El interés de dicha lista — contestóme gravemente — se refería precisamente á lo que no contiene.

— ¿Tharps!

— En serio. De cuantos objetos llenaban la casa del difunto, el único que no estaba mencionado en ella era la momia, á pesar de su valor, y la lista había sido escrita por el mismo señor de Raizet.

— ¿Y qué provecho obtuvo usted de esta averiguación?

— El mismo que Marmont: que el señor de Raizet, cuyo espíritu precavido se conoce, regaló en vida á su hijo Jacobo la momia egipcia. Este obsequio, que la edad del donado no le permitía apreciar, sólo se explica por el deseo del donante de sustraer su propiedad á toda contienda.

» Al conocer esta preocupación venimos, naturalmente, á parar á la existencia de un escondite; de allí á buscar las personas que habían podido colaborar en su instalación y adquirir la certeza de la fortuna que encerraba, sólo había un paso. Ludovico Marmont y yo hemos seguido una ruta paralela; la suerte ha favorecido á mi adversario.

— Á juicio de usted, ¿conocía Calmet la existencia de aquel escondite?

— Debía sospecharla, sin conocer el sitio. De lo contrario Marmont hubiera abandonado la partida en cuanto supo que Calmet había encontrado la momia.

— De suerte que Calmet hubiera estado en posesión de la herencia de su padre sin saberlo.

— Indudablemente.

Hacia un rato que observaba que, al contestarme, mi amigo pensaba en otra cosa: seguramente en el éxito de Marmont y en su propia derrota. Intenté una disgresión.

— Aún no me ha explicado usted, mi querido Tharps, cómo escapó Marmont de la cárcel.

El «detective» me miró un momento; sus ojos tenían no sé qué de burlones.

— Fué una cosa sencilla — dijo, — como lo son, generalmente, todas las que parecen difíciles. Evadirse por las ventanas, escalar los muros, burlar la vigilancia de los numerosos guardianes, era un plan inaceptable, y además, vulgar, y Ludovico Marmont tiene la coquetería de sus procedimientos. La actitud de Calmet — al menos así lo supongo — debía aumentar el deseo que tenía Marmont de verse libre.

» Las comunicaciones con sus aliados eran sumamente difíciles y peligrosas, á pesar de la adhesión de un guardián, quien á veces asumía la peligrosa responsabilidad del papel de mensajero. Como podía contar con aquel hombre y utilizarlo en condiciones determinadas, se fingió enfermo con objeto de que le visitara el médico de la cárcel. Este, de unos cincuenta años de edad, tenía la barba canosa y sus ojos, sumamente hundidos, se disimulaban detrás de unas antiparras azules: era de buen talle y esbelto.

» Marmont, que sólo lo había hecho llamar para conocer su aspecto, se alegró al ver que no era muy difícil copiar su cabeza y su porte. Encargó al guardián que le trajera una peluca con barba postiza, cuya descripción le dió por escrito y que había de proporcionarle un peluquero que le indicó.

» Á los dos días, cuando volvió el médico á visitar á su «enfermo», le sorprendió mucho oír á éste asegurarle que se encontraba bien y que sólo le iba á pedir un servicio un tanto especial.

» Imagínese el asombro del buen señor cuando el audaz aventurero le dijo que, de buen grado ó por fuerza le diera su traje y se quedara en la celda. En el caso en que tuviera el capricho de avisar antes de que pasara el tiempo necesario para que Marmont pudiese salvar la puerta del establecimiento, se exponía á terribles represalias por parte de los amigos del aventurero.

— Lindo rasgo de audacia — dije.

— Cosas de Marmont — comentó sencillamente el «detective».

Me propuso que le acompañara hasta la calle de los Pirineos, y cinco minutos después rodábamos en dirección de la casita incendiada, la cual, según me explicó mi amigo, debió quedar reducida á escombros.

Mi compañero no abría la boca sino para arrojar el humo de su eterno cigarrillo.

En cuanto á mi, me preguntaba si no había un medio de impedir que Ludovico Marmont disfrutara del producto de su robo. Tal vez avisando á las casas de banca...

Comuniqué esta idea á William Sharps; pero desde las primeras palabras, soltó una carcajada.

— ¿Cree usted, Lynham, que le he aguardado para tomar estas precauciones y que Marmont no ha previsto todas las consecuencias del negocio que emprendía? ¿Le supone usted tan cándido para dejarse pillar en la taquilla de un Banco? Tenga usted la seguridad de que, robado por él, el cupón está en buenas manos.

— Precisamente esto me inquieta.

El célebre «detective» se encogió de hombros con un gesto de impotencia, y volvió á sumirse en sus reflexiones.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa medio carbonizada, pareció despertar:

— El primer piso continúa en pie — dijo.

El tono casi alegre con que pronunciara esta frase me llamó la atención. Momentos antes estaba absorto en pensamientos desagradables, y á la sazón parecía feliz de comprobar que el piso de la casita no se había desplomado. No comprendía el interés que pudiera tener esta observación.

Como si el objeto de nuestro paseo sólo hubiese sido averiguar aquello, dió orden al auriga para que siguiera andando. Aumentó mi impaciencia; pero como el «detective» volvió á sus meditaciones, me abstuve de importunarle con mis preguntas.

Por la calle de Belleville llegamos á la plaza de la República y á los bulevares: al pasar por la puerta del restaurant donde habíamos cenado dos días antes con Jacobo de Raizet, Sharps penetró en él.

Le aguardé en el coche, al que volvió casi en seguida.

— Vamos á casa, Lynham; espero á nuestro cliente y usted será de los nuestros.

Desde la antesala, Jim le dijo que el señor de Raizet había llegado ya.

— Nadie más ha venido?

— No, señor.

— ¿Estás seguro?

— No he salido de casa.

El «detective» se mostró contrariado. Sin embargo se repuso pronto y durante el almuerzo estuvo de buen humor. Á los postres volvió á preguntar á Jim. Comprendí que mi amigo estaba realmente disgustado, si bien cuidaba no dárlo á conocer. Nos dejó un rato en la mesa para ir á su despacho. Hablábamos entonces de fotografías. Al volver nos enseñó unas cuantas.

— Aquí tienen ustedes algunos de mis ensayos en este arte, — dijo sonriéndose.

Eran pruebas minúsculas, pero de una precisión de detalles verdaderamente extraordinaria.

— Tendría curiosidad por saber con qué máquina las hace — dijo Jacobo de Raizet. — Raras veces hemos visto pruebas tan claras de tan pequeño tamaño: además se ve que son instantáneas; debe ser excelente su aparato.

Sin contestar, el «detective» le presentó, sin abrirla, su petaca.

Y, como le mirásemos con curiosidad, dijo:

— Aquí está mi máquina.

— ¿Esa petaca?

— La misma.

La examinamos de cerca y vimos entonces, sobre la tapa, un enfocador minúsculo que habíamos tomado por la placa de una cifra grabada; el trinquete que mandaba la abertura de aquel extraño estuche servía al propio tiempo al juego del obturador del aparato contenido en el interior.

William Sharps nos explicó que bastaba, al pasar cerca del individuo cuyas facciones se quería registrar darle al trinquete del estuche, el cual se abría dejando ver una serie de falsos cigarros. Sin embargo había una casilla que contenía uno verdadero, que se sacaba tranquilamente á la vista de la persona á quien se retrataba.

Después nos dió la lupa que siempre llevaba consigo, para que pudiésemos distinguir mejor las pruebas que nos enseñaba.

— Me he entretenido — dijo, — en ampliar algunos de estos clichés y me ha satisfecho el resultado.

Desapareció de nuevo y trajo unas veinte pruebas ampliadas. Una de ellas representaba á Raizet y á mi charlando en uno de los cuartos del hotel donde éste había habitado. Era tan perfecta que con ella se nos hubiera podido encontrar á uno y otro en cualquier parte.

Me sorprendí de tanta claridad, sobre todo teniendo en cuenta la luz, necesariamente escasa, de la habitación donde nos hallábamos entonces.

Mi amigo estaba encantado.

— Confiesen ustedes — dijo — que no se habían dado cuenta de nada.

— Absolutamente de nada — contestamos á un tiempo.

— Esta máquina es un precioso auxiliar — dijo el «detective». — Hace pocos días que la tengo, pero estoy convencido que me ha de prestar señalados servicios en mis expediciones.

Al decir esto, nos iba enseñando otras ampliaciones.

Una de ellas, en la que se notaba las facciones enfermizas de un hombre de unos cuarenta años, llamó la atención de nuestro joven convidado. Miré á mi amigo y pude observar que estudiaba el rostro del joven, aguardando que dijera algo; pero Raizel continuó examinando las demás pruebas, sin manifestar la menor emoción.

Al devolvérselas á Tharps, consideró de nuevo las facciones del hombre enfermo, pero se abstuvo de toda reflexión.

En mi fuero interno, admiraba una vez más la habilidad del «detective», cuyos actos correspondían á un objeto determinado. No dudaba de que el enseñarnos las fotografías tenía más ó menos relación con la preocupación del visitante; pero, por más que cavilara, no descubría el lazo entre ambas cosas.

— Debe usted tener una linda colección de cabezas de criminales.

— Tengo algunas muy interesantes.

El joven tomó la que estaba encima y considerando un rato las facciones duras, la mandíbula saliente, la mirada falsa del hombre á quien representaba, preguntó.

— ¿A quién pertenece esta cara de asesino?

William Tharps, por cuyos labios vagaba hacia un rato una sonrisa, citó un nombre.

Era el de un fiscal, cuya reciente y rápida suerte atestiguaba lo mucho que valía y sus sólidas relaciones.

Esta confusión excitó nuestra hilaridad.

— ¡Qué mal fisonomista soy! — dijo Jacobo de Raizel.

— La distancia que separa al hombre honrado del bandido es tan poca, que está usted disculpado — dijo el «detective».

Después hizo una elocuente análisis de la criminalidad y nos separamos.

Al día siguiente debía verificarse la confrontación general entre los cuatro inculcados. William Tharps, convocado para las cuatro, había de asistir á ella.

No le volví á ver antes.

Llegó á la hora precisa y me pareció notar en su rostro las huellas de un gran cansancio.

¿Qué había hecho desde que le dejé la noche antes? No tardaría en saberlo.

Las comprobaciones de la policía y las

suyas propias no habían dado á conocer sino muy poca cosa al juez de instrucción; así es que éste quedó encantado, una vez cumplidos los primeros requisitos, de dejar al ilustre «detective» la dirección del interrogatorio.

Muy rápidamente, mi amigo hizo la historia del asunto, insistiendo sobre el papel secundario y casi nulo que había representado el falso Luciano Roux, culpable de debilidad. Los verdaderos protagonistas eran Ludovico Marmont y Juan Camel; los otros dos no eran sino comparas.

Mientras el juez, señor Chesnel, mandaba retirar al antiguo empleado de la agencia *Violeja*, William Tharps redactaba una serie de preguntas para los otros tres cómplices.

Acababa de escribir la última, cuando le llamaron al teléfono.

Habló poco y pareció estar muy satisfecho al colgar el receptor.

Las primeras contestaciones del *chanfleur* Moré y del maestresala aficionado á los cigarrillos indios dieron á conocer muy pronto el papel de cada uno de ellos. Ambos habían cooperado al transporte de la momia, ambos sabían que aquella reliquia egipcia representaba una fortuna; pero no sabían más.

Me pareció que William Tharps prolongaba demasiado su interrogatorio, insistiendo en cuestiones de dudoso interés.

Después de mirar el reloj, hizo una última pregunta, al parecer tan insignificante como la mayor parte de las anteriores, y no se opuso á que llevasen de nuevo á su celda á los dos hombres.

Quedó sólo Juan Camel en el despacho del juez y en seguida tuvo la intuición de que cuanto se había hecho y dicho hasta entonces era sólo un prólogo sin gran importancia.

Mi amigo se acercó al magistrado instructor y habló con él en voz baja.

En seguida anunció el señor Chesnel que reanudaría la audiencia dentro de diez minutos; el escribano no dejó de pasar y volver á pasar con aire atareado. Una vez se detuvo cerca de mi compañero y le dijo algunas palabras al oído. Este arrancó una hoja de su cartera y luego de escribir rápidamente, se la entregó á su interlocutor.

Intrigábame todo aquel manejo y deseaba saber cuáles habían sido las ocupaciones de Tharps durante las últimas horas.

Recordaba ciertas palabras de mi amigo. Su satisfacción al encontrar en pie, la noche anterior, el piso de la casucha incendiada, su reflexión acerca de ello, su impaciencia durante la comida por no haber recibido visita alguna, la singular exhibición que hizo de las pruebas fotográficas.

Al sonar la puerta acristalada del fondo, conocí la silueta elegante de Jacobo de Raizet. No sabía más que lo que habíamos dicho. El alguacil de servicio llamó al «detective». Éste salió, volviendo al instante.

El magistrado mandó introducir de nuevo á Juan Camel y le preguntó por segunda vez acerca de su estado civil, á lo que se negó, como lo hiciera una hora antes. Volviéndose hacia William Tharps, le concedió la palabra.

— He dicho al principiar esta audiencia — dijo el «detective» con su voz tranquila y fría, — mi opinión acerca de Ludovico Marmont y Juan Camel, únicos verdaderos culpables en el asunto que nos ocupa.

Añado que este último es incontestablemente más culpable que su cómplice.

Mucho me extrañó aquella afirmación, pues si ambos habían perseguido el mismo fin criminal, sólo Marmont había llevado á cabo el robo en provecho suyo.

— Mi amigo, notando mi sorpresa, sonrió.

— Si Ludovico Marmont — prosiguió — puede ser detenido por robo, Juan Camel debe ser inculcado de asesinato.

Di un salto.

El juez de instrucción, frunciendo las cejas, levantó la vista sobre el «detective».

El abogado de Camel quedó estupefacto.

Volvi á mirar á William Tharps: parecía no verme, ocupado sólo en estudiar la marcha de su cronómetro. Con seguridad se equivocaba.

Después de rápido coloquio con su cliente, el abogado protestaba. Pausadamente dijo cuánto admiraba al ilustre «detective» y reconoció que, hasta entonces, no había acusado á nadie sin fundamento absoluto; sin embargo, á la sazón, convenía reconocer su error.

Tharps, protestaba á su vez; estaba convencido de lo que decía.

El defensor, uno de los maestros del foro parisiense, al ver tal insistencia, seguía hablando con su cliente. Pero éste, aniquilado, negaba desesperadamente.

Se prolongaba la escena, irritante, en la atmósfera de angustia y de misterio que creaba.

¿Iba Camel á confesar? ¿Iba á obstinarse en sus vagas negativas?

El tic-tac del reloj colocado sobre la chimenea marcaba los cuchicheos del abogado.

El señor Chesnel levantó la cabeza:

— Pero ¿á quién ha matado?

Esta sencilla pregunta nos puso á todos en movimiento. Nadie había pensado en preguntar esta cosa esencial. Si ¿á quién había matado? Jacobo de Raizet se agitaba, el abogado gesticulaba; Camel se había agitado:

— No he matado á nadie... á nadie... Lo juro...

William Tharps conservaba su flemma.

— ¿A quién ha matado? — repitió el juez.

El «detective» aguardó á que callásemos.

Entonces, muy despacio, á pesar de una emoción difícilmente contenida, dijo:

— *Juan Camel ha matado á Alberto, el ayuda de cámara y el confidente de Victoriano de Raizet.*

Aquellas palabras nos causaron indecible estupor.

Camet gritaba su inocencia, sacudido por el furor ante aquella acusación monstruosa y precisa.

En vano trataba su defensor de hacerle callar.

Restablecida la calma, dijo el «detective».

— *Quitente la americana.*

Á una señal del juez el guardia obedeció.

— Bien; levante la manga derecha de la camisa hasta por encima del codo.

Nos preguntábamos á dónde quería ir á parar, y el defensor de Camel reflexionaba si debía de intervenir.

Este oponía una obstinada resistencia.

Al verlo William Tharps rogó que lo dejaran tranquilo; Camel volvió á ponerse la americana y se sentó con la injuria en los labios.

El juez, indeciso, aguardaba.

Se volvió hacia William Tharps, pidiendo una palabra, una explicación, mas el «detective» permanecía mudo.

Apenas respirábamos, nuestras miradas no se atrevían á cruzarse.

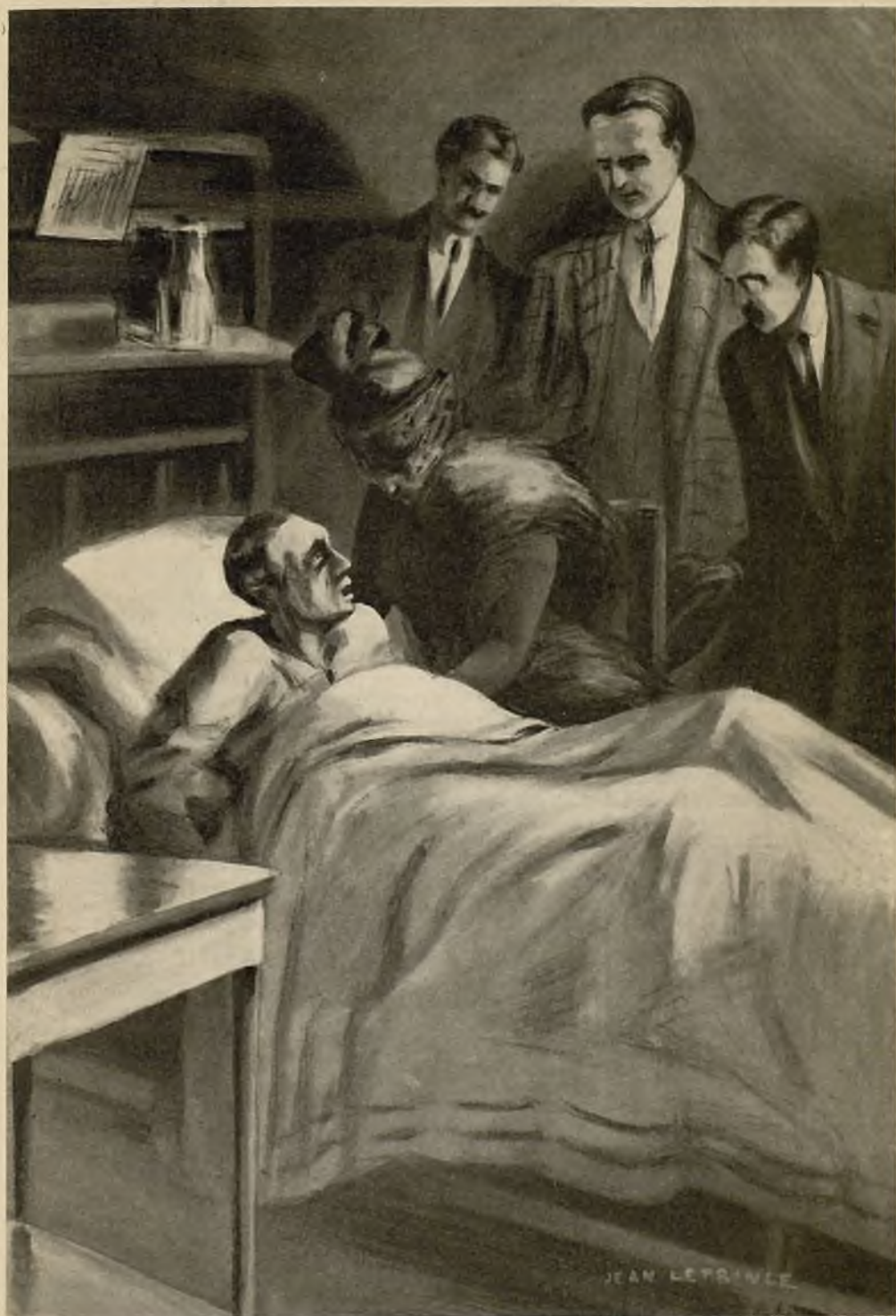
Nos hizo dar un salto un golpe apagado que se sintió en la puerta. El «detective» corrió hacia ella, cambió algunas palabras á través de la puerta entreabierta y volvió á su sitio.

— Por última vez — dijo William Tharps dirigiéndose al inculcado. — ¿Quiere usted obedecerme?

Camel lanzó hacia él una mirada de animal acorralado. Luego, bruscamente, como si tuviese prisa por concluir, se quitó la americana y levantando la manga de la camisa, presentó el brazo desnudo, en el que había tatuado un abanico.

En el mismo momento, abrióse la puerta y apareció un hombre entre dos guardias. Su primera mirada fué para el brazo tendido que alumbraba la lámpara y un rugido de rabia salió de su garganta.

Haciendo un brusco movimiento se separó de sus guardianes y se lanzó sobre Camel; pero, más pronto que él, el «detective» había dado un salto. Su gesto preciso inmovilizó irresistiblemente



los brazos del forajido á quien los guardias pusieron en seguida las esposas.

— Señor juez — propuso entonces William Tharps con voz la más tranquila — si principiásemos por interrogar á éste, el señor escribano se evitaría cambiar de hoja.

— ¿Cambiar de hoja?

Todos estábamos en pie, adivinando que se acercaba la explicación del enigma.

Habíamos olvidado al hombre taluado y rodeábamos al recién llegado; el mismo abogado había dejado á su cliente. Mirábamos al juez que parecía no comprender más que nosotros.

De pronto lancé un grito. El hombre que estaba á mi lado, el bruto que se había vuelto furioso al ver el taluaje, era el maestresala, era Luis, el hombrecillo moreno que había escapado de la casa ardiendo.

Dominando la escena con su imponente estatura, William Tharps parecía estar satisfecho.

El señor Chesnel le interpeló.

— ¿Me quiere usted explicar?

— Nada hay que explicar — contestó el «detective»; — el individuo que está aquí es el cuarto de nuestros agresores de la otra noche, á quien he conseguido detener. Solicito respetuosamente el permiso de interrogarle en seguida para que el escribano pueda seguir llenando la hoja que ha principiado hace un rato.

El magistrado se levantó de su asiento y echó una mirada intrigada sobre la hoja que tanto le interesaba al «detective».

— Pero... esta hoja está principiada... á nombre de Camel, Juan, natural de París...

— Por esto mismo le ruego que se termine con éste.

Señalaba á Luis.

— ¿Este hombre es Camel?

— Esloy cansado de decirselo.

— Pero... ¿y el otro?

— ¡Ah! el otro... es el hombre del abanico.

Me volví de un salto.

¿Cómo no lo había yo comprendido cuando se decidió á enseñar su taluaje? Mi colega, el ilustre abogado, estaba tan sorprendido como yo.

Todo el mundo se acuerda del asunto del robo del Banco Otomano de que todo París se había ocupado exclusivamente durante ocho días; dos millones de oro robados y ¡con qué facilidad! El hecho llenaba las columnas de los periódicos de la época, las colecciones del *Journal*, del *Matin*, de l'*Eclair*, del *Figaro*, para no citar más que á estos, lo acreditan.

¡Aquel era el hombre del abanico!

¡Y el servicio antropométrico no había

sabido identificarlo! ¿Por qué? ¿Cómo lo había reconocido William Tharps?

Es cierto que había el «abanico», pero el servicio antropométrico lo había visto también...

Mi amigo explicaba al magistrado instructor las relaciones de ambos hombres; Camel, ocultándose, hacia obrar al otro bajo su nombre, para, en el momento oportuno, escapar á Marmont extraviado; el héroe del Banco Otomano aceptando este papel que le creaba una personalidad nueva é inesperada, permitiéndole volver á empezar una vida que presagiaba favorable, bajo los auspicios de tan feliz comienzo.

Cada uno encontraba su conveniencia, esperando engañar á su socio.

El interrogatorio fué rápido. Ya cogido, apenas se defendió Camel. Había sido el promotor y jefe del complot, cuyo objeto era despojar á su hermano: lo confesó cínicamente. Opuso más resistencia acerca de la muerte del ayuda de cámara, y para que confesara, tuvo William Tharps que precisar el sitio donde había descubierto el cuerpo así como ciertos detalles que me intrigaron.

El señor Chesnel había consignado cuanto le había parecido útil para constituir su expediente. Antes de terminar el interrogatorio, resolvióse á satisfacer una curiosidad preguntando á William Tharps de qué manera había podido realizar la detención del peligroso bandido.

— Muy sencillamente — contestó el ilustre «detective» — tenía dadas instrucciones que habían de facilitar su captura, cuando volviera á la casa de la calle de los Pirineos.

— ¿Sabía usted que volvería?

— Lo había deducido.

— Y... ¿qué iba á hacer allí?

William Tharps entrecabrió su cartera y tomó un papel que tiró sobre la mesa.

— ¡Iba á buscar esto — dijo.

Era el título de renta al portador, del señor de Raizet.

El juez de instrucción abrió los ojos desmesuradamente al divisar el valor del papel que desdoblaba. Por nuestra parte mirábamos al hábil «detective», tranquilo y sonriente, á pesar de la mirada de odio profundo que le dirigía el prisionero.

El escribano y los guardias quedaron petrificados ante aquel trozo de papel que valía millones.

— ¡Ah! — dijo William Tharps — era bueno el escondite y quizás nosotros no lo hubiésemos hallado si hubiésemos dejado á este honrado caballero revelarlo el mismo.

— ¿Nosotros? — preguntó el juez.

— Digo «nosotros» porque debo asociar mi éxito á Asselin, el inspector que me

secundó. Conformándose con gran inteligencia á las instrucciones que le di, Asselin se había mezclado á los plañtones que — preveyendo un brusco derrumbamiento del piso — impiden acercarse á los curiosos. No tardó en ver á Camel — el verdadero — que acechaba una oportunidad favorable para entrar en la casa sin ser notado; un descuido voluntario de Asselin le permitió llegar á ella: en seguida corrió al escondite en el cual había encerrado este valioso cupón y del que se apoderaba cuando el inspector cayó sobre él.

El bandido estaba furioso. El recuerdo de su fracaso de última hora lo exasperaba.

— Es extraño — dijo el juez — que no se deshiciera más pronto de este título.

— La cosa era más difícil de lo que usted presume: estaban avisados los Bancos, había que dejar llegar el olvido, desfigurar el cupón y, por fin, negociarlo en el extranjero, en circunstancias especiales que dieran toda garantía en cuanto á las consecuencias. Camel es desconfiado, á nadie hubiera encargado de estos detalles, no se confían así millones al primero que se presenta; ¡la honradez es tan escasa en nuestros tiempos! Póngase en su lugar.

Á pesar de la gravedad del momento, saltamos una carcajada. El magistrado había reído el primero.

— Pero, entonces, ¿Marmont?

— Por casualidad, llegó tarde.

EPÍLOGO

Son las seis. Atravesamos el patio lúgubre de un hospital parisiense, donde reina una noche dudosa que ilumina acá y acullá, la luz rojiza de una linterna de gas.

William Tharps anda delante. Jacobo Raizet y yo le seguimos.

El coche que habíamos tomado en el Palacio de Justicia nos ha traído aquí, sin que ni una palabra del «detective» nos diera á conocer el objeto y los motivos de esta visita. Mientras caminábamos hacia el hospital, pregunté á mi amigo; ¡había tantas cosas que no entendía sino de una manera imperfecta! Por ejemplo, ¿cómo había conocido que Marmont, á pesar de las apariencias, fracasó en su intento? Siempre modesto, Tharps invocó la casualidad; la misma mañana que siguió al incendio de la calle de los Pirineos, el piquete de agentes que estaba de servicio cerca de los escombros, había estado á punto de ser revelado á consecuencia de una orden traída á su jefe por un enviado de la Prefectura de Policía. Afortunadamente Asselin se encontraba allí, descubrió la estratagema y se apresuró á telefonar al bulevar del Palacio, donde se ignoraba todo: no se había podido coger al mensajero.

Ludovico Marmont, lo mismo que William Tharps, había previsto que Juan Camel volvería al lugar del incendio. Al extrañar yo que el maestra sala hubiera huido de la cabaña sin llevarse su valioso título, el «detective» me dijo, riéndose, que le fué imposible porque la lámpara de petróleo que él tiró al suelo se había inflamado precisamente en el sitio que cubría el escondite.

Yo había comprendido, en el despacho del juez de instrucción, el sentido de la frase que tanto me intrigara entonces: «el primer piso continúa en pie».

No habiendo podido hacer á mi amigo todas las preguntas á un tiempo quedaba aún aguardando que me dijera qué visita esperaba la noche anterior y qué utilidad había en someternos sus ensayos de fotografía; por lo mismo me prometía indagar cerca de él ambos extremos, en cuanto saliéramos del hospital por cuyos pasillos íbamos andando detrás de él.

Nos encontramos á una enfermera que Tharps debía conocer, pues le saludó. Llegamos al final de un edificio interminable, dimos la vuelta á un estrecho corredor y pronto se detuvo nuestro guía y llamó á una puerta.

Abrió una enfermera.

En una cama de hierro alumbrada violentamente por la luz cruda de un aparato de gas, descansaba un hombre; su cabeza delgada y dolorida, salía de los cobertores, de una palidez de cera, que la cabellera oscura acentuaba.

Al acercarme á la cama, reconocí en él el original de la fotografía que el «detective» enseñó el día antes á Jacobo de Raizet. Este lo había reconocido también.

Cerca de su cama estaba una mujer llorando. Era la esposa de Alberto, el fiel ayuda de cámara del señor de Raizet. Atribuía su dolor á la reciente muerte de su marido, que Tharps nos había anunciado de tan dramática manera en el despacho del juez de instrucción y me preguntaba por qué la hallaba allí cerca de aquel individuo moribundo, cuando, por algunas palabras que le dirigió, me fué imposible dudar de que aquel fuese su marido.

Mis ojos buscaron á los de William Tharps.

Aquella mujer, yo bien la conocía, era la esposa de Alberto y he aquí que este otro era también su marido.

Alberto había muerto, su asesino lo confesó delante de mí. Entonces ¿quién era éste? ¿Qué nuevo misterio se cernía sobre la personalidad de aquel miserable moribundo?

— Alberto — dijo Tharps — he querido conceder á usted la suprema satisfacción que me había pedido. He aquí el hijo de su antiguo amo.

Jacobo se adelantó. Parecía tan asombrado como yo mismo: estuvo á punto de hablar, pero se lo impidió el «defective.»

Una niebla velaba las pupilas del agonizante. Hizo un esfuerzo para juntar las manos y balbuceó:

— Perdon... perdon... le diré usted... gracias.

Inclinóse su cabeza, una espuma rósea humedeció sus labios, abrió aún los ojos.

La mujer se había echado sobre él, besándolo consternada. Acercóse la enfermera con un pañuelo de batista en la mano y limpió su frente húmeda.

Ya de vuelta en el coche, William Tharps, sin dejarnos el tiempo de hacerle pregunta alguna, nos explicó este último y doloroso acto de la tragedia.

Dirigióse especialmente á su joven cliente:

— El hombre que acaba usted de ver es el autor de la carta que recibió usted de Marsella...

— ¿Alberto? — dije.

— No, no — contestó vivamente Jacobo; — he conocido muy bien á Alberto.

— Este hombre no es Alberto — dijo suavemente William Tharps; — con un fin criminal de lucro, ha endosado el estado civil del verdadero Alberto, víctima de Camet, cuyo nombre llevaba ya. Antiguo subordinado en el personal de su padre de usted, supo por el fiel servidor algunos pequeños detalles del secreto que éste conocía. Trató de utilizar estas pocas ventajas para sacar algún provecho en contra de usted y con este objeto le había escrito, esperando llegar por usted al fantástico cupón de renta y apropiárselo.

» Su mujer fué sincera, y fué por mi por quien supo el falso estado civil de su marido. Me había sorprendido el empeño de éste de no encontrar á usted, y una de las primeras advertencias que se me impuso, fué aquella cila tomada con usted por una mujer en semejante lugar y á una hora parecida. Habla adquirido sospe-

chas y, para esclarecerlas, le dije que se pasara por mi casa durante la comida á la cual había usted de asistir. Al no verlo, confirmáronse mis dudas; entonces le enseñé una prueba de su fotografía que le deluvo sólo un momento; sabía yo á que alenerme. Aquel hombre era un usurpador.

» Lo he buscado por todas partes y lo he vuelto á encontrar en este hospital, donde lo había traído un acceso de los seguido de hemoptisis.

» Tan deprimido estaba, que pronto conseguí confesarlo: imploró mi perdón y le ofreci que se lo traería usted. Me suministró varios datos que me facilitaron el llevar pronto á cabo la conclusión del asunto.

» ¿No he tenido razón al tener piedad?

— Del todo — contestamos á un tiempo.

— ¡Me había hecho prometer no denunciarle!

Y William Tharps se encogió de hombros.

— ¿Es por él — pregunté — por quien ha conocido usted la muerte de Alberto?

— No ha hecho más que confirmarme un hecho del cual estaba yo casi seguro: le debo detalles de circunstancias que me han permitido confundir á Camet ante el magistrado instructor é identificar al hombre del baúl.

Hubo un silencio durante el cual debieron pasar por la imaginación de Tharps todas las peripecias de aquel fantástico asunto, en el que acababa de obtener una

victoria decisiva. Al cabo de un rato añadió sonriente:

— Sólo tenemos que alegrarnos del resultado del asunto; por poco si no termina en desventaja nuestra. Raras veces he visto yo embrollo parecido.

— En efecto — repliqué, — era cosa de perder la cabeza.

— Eso es probablemente lo que le sucederá á Juan Camet.

FIN

Jorge MEIRS

Traducido por
el Sr. GUERRERO.





ACTUALIDADES DEPORTIVAS



El match de rugby Burdeos Etudiants C. contra Racing C. Francia



Otro match de rugby ha sido disputado en el Parque des Princes por un equipo de Swansea y el Stade Français.

El célebre aviador Bonnier ha vuelto a París, en donde ha sido calurosamente recibido por el presidente de la Liga Nacional de Aviación y por sus numerosos amigos.



Gran match de football celebrado en Barcelona con grandioso éxito.



Se esperaba que el equipo francés venciera este año al gallois; pero éstos ganaron por 31 contra 0.



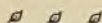
El match de hockey France-Belgique. Los franceses vencieron brillantemente



El cross country nacional ha sido disputado en Juvisy, ganándolo J. Keyser.



M. Bourchis, que se ha dejado caer de una altura de 450 metros, para ensayar el paracaídas inventado por Bonnet



Actualidades deportivas

♦ ♦ ♦



La carrera de la Côte d'Argenteuil. Joly ganó la carrera de motocicletas, Touchet la de sidecars y Bouville la de cyclocars.

♦ ♦ ♦



Un match internacional de Foot-ball Association. — Francia y Suiza hicieron match nulo, por dos puntos contra dos.

♦ ♦ ♦



Rugby. — En el campeonato de Francia, ganó el Racing Club de Francia, campeón de París, contra el Foot-ball Club Grenoblois.

Un viaje por España

Nuestro amigo y corresponsal don Antonio López Almellanes, saldrá de París uno de estos días, á fin de hacer un largo viaje por España. Por su inteligencia y actividad, así como por la indole del asunto á él confiado, esperamos que su viaje servirá para estrechar los vínculos de simpatía ya existentes entre el público español y « Revista Gráfica ».

♦ Casa Editorial Hispano-Americana ♦

AVENTURAS de William Sharps

Célebre "detective" inglés

□ □ □

Volúmenes publicados

El cadáver asesino
Una mano en la sombra
El enigma del tren 13 (2 vol.)
El naípe sangriento
El castillo embrujado
El automóvil rojo
El ópalo trágico

222, Boul. St-Germain, París

Tos - Constipados
Bronquitis - Coqueluche

JARABE
del doctor
FORGENT

FARMACIA, 10, r. des Arts, Paris-Levallois

En venta en todas las
— buenas farmacias —